

BOLSILIBROS
EASA

TERROR



LOS DUEÑOS
DEL BOSQUE
Y OTROS RELATOS

Frank
Martin

LOS DUEÑOS DEL BOSQUE Y OTROS RELATOS

Título Original: *Los Dueños Del Bosque Y Otros Relatos*

©1976, Martin, Frank

©1976, Editorial Andina, S.A.

Colección: Terror 54

ISBN: 9788406004747

Generado con: QualityEbook v0.80

LOS DUEÑOS DEL BOSQUE

EN un bosque perdido en las estribaciones orientales de los Cárpatos, un hombre permanecía vigilante y atento cierta noche de invierno, como si esperase que alguna bestia salvaje entrase en su campo de visión y luego en el de su rifle.

Pero la pieza por cuya presencia mantenía tan tensa vigilancia no pertenecía en absoluto a la fauna de aquellos lugares.

No, desde luego que no...

Ulrich von Gradwitz patrullaba el oscuro bosque en busca de un enemigo humano.

Un hombre, sí.

Las tierras selváticas de Gradwitz tenían una gran extensión y estaban bien provistas de caza. La estrecha faja de fragoso arbolado situada en su linde no era notable por la caza que encerrase, pero era la más celosamente guardada de todas las posesiones territoriales de su dueño.

Un famoso pleito, en los días de su abuelo, había arrebatado aquella porción de terreno de la posesión ilegal de una familia vecina de pequeños terratenientes.

La familia desposeída jamás había aceptado el fallo de los tribunales, y una larga serie de furtivas pendencias y escándalos similares había amargado las relaciones entre las dos familias durante tres generaciones.

La contienda de vecindad se convirtió en personal desde que Ulrich llegó a ser el cabeza de su familia.

Si había un hombre en el mundo al que detestara y quisiera mal era Georg Znaeym, el heredero de la riña e incansable ladrón de piezas de caza e invasor del bosque limítrofe en disputa.

La pendencia, quizá, hubiera podido olvidarse o zanjarse de común acuerdo si no hubiera estado de por medio la malquerencia personal de los dos hombres.

Como muchachos, cada uno pedía la sangre del otro...

Como hombres, cada uno rezaba para que la desgracia se cebara en el otro...

Y aquella noche invernal azotada por el viento, Ulrich había reunido a sus guardabosques para que vigilaran el oscuro monte, no

en busca de una presa de cuatro patas, sino con el propósito de mantener a raya a los ladrones furtivos, de quienes sospechaba que se habían infiltrado allí procedentes del límite de tierra.

Los corzos, que normalmente se escondían en los huecos abrigados durante una turbonada, corrían enloquecidos aquella noche.

Y había movimiento e intranquilidad entre los animales que solían dormir durante las horas de oscuridad.

Sin duda existía un elemento perturbador en el bosque y Ulrich adivinaba de quién se trataba.

Era su odiado Georg Znaeym, sin duda.

Ulrich se alejó de los hombres que había emboscado en la cresta de la montaña y descendió por las escarpadas pendientes, entre la salvaje maraña de la maleza, escudriñando cada tronco de árbol, escuchando el silbido agitado del viento y el incansable golpear de las ramas con ánimo de ver u oír a los merodeadores.

¡Si al menos aquella noche salvaje, en aquel pasaje oscuro y solitario, pudiese toparse con Georg Znaeym, hombre a hombre, sin ningún testigo!

¡Ese era el deseo que obsesionaba su mente!

Y al doblar el tronco de una enorme haya, se encontró frente a frente con el hombre que buscaba.

Con el mismísimo Georg Znaeym...

Los dos enemigos se quedaron mirándose fijamente durante un largo y silencioso instante.

Cada uno tenía un rifle en la mano.

Cada uno anidaba odio en su corazón, y en su mente la idea obsesiva de matar.

Había llegado el momento de dar rienda suelta a las pasiones de toda una vida.

Pero un hombre que ha sido educado bajo el código de una civilización restrictiva no puede entregarse así como así a disparar contra su vecino a sangre fría y sin que medie una palabra, salvo por una ofensa contra su casa y su honor.

Y antes de que el momento de vacilación diese paso a la acción, un accidente producto de la violencia de la propia naturaleza los abatió a los dos.

Un fiero aullido de la tormenta había sido contestado por un vivo estallido por encima de sus cabezas, y antes de que pudieran saltar a un lado, la masa de la tronchada haya cayó estruendosamente sobre ellos.

Ulrich von Gradwitz se encontró tendido en tierra cual largo era, con un entumecido brazo debajo de él y el otro sujeto casi tan impotentemente en una densa maraña de ahorquilladas ramas,

mientras sus dos piernas quedaban aprisionadas bajo la caída masa arbórea.

Sus pesadas botas de cazador habían salvado a sus pies de ser triturados en pedazos. Pero aunque sus fracturas no fueran tan graves como pudieron haber sido, sí era evidente, al menos, que le sería imposible cambiar de postura hasta que alguien viniese a sacarlo.

Las ramas, al caer, habían acuchillado la piel de su cara, y tuvo que enjugar mediante pestañeos unas gotas de sangre que tenía en los párpados antes de poder echar un vistazo general al desastre.

A su lado, tan cerca que en circunstancias normales casi hubiera podido tocarle, yacía Georg Znaeym, vivo y forcejeando, pero sin duda tan impotentemente amarrado como él.

Alrededor de ambos había un mar de ramas astilladas y hojarasca rota.

El consuelo de estar vivo y la exasperación de su cautiverio hicieron brotar de los labios de Ulrich una extraña mezcla de fervorosas acciones de gracia y negras maldiciones.

Georg, que estaba casi totalmente cegado por la sangre que goteaba por sus ojos, detuvo su forcejeo un momento para escuchar y luego profirió una corta y gutural carcajada.

—De modo que no has muerto...

—No, para tu desgracia.

—Pero de todos modos estás atrapado. Bien atrapado.

—Tú también, cerdo.

—Oh, qué ironía... Ulrich von Gradwitz cazado en su propio bosque, en el bosque que sus antepasados robaron a los Znaeym... ¡Esa es la justicia que te mereces, buitres!

Y volvió a reírse burlona y salvajemente.

Ulrich replicó:

—Estoy atrapado en mi bosque, eso es cierto. Pero cuando mis hombres vengan a soltarnos, te arrepentirás de haber sido cogido robando en la tierra de tu vecino, cerdo.

Georg guardó silencio unos instantes. Después repuso tranquilamente:

—¿Estás seguro de que tus hombres darán con nosotros?

—¡Claro que sí!

—También yo tengo a mis hombres en el bosque esta noche, siguiéndome de cerca. Imagínate que llegan ellos primero.

—¿Qué?

—Cuando me saquen de debajo de estas condenadas ramas no necesitarán mucha fuerza para precipitar esta masa de tronco sobre tu cabeza. Tus hombres te encontrarán cadáver bajo un árbol caído. Solamente por puro formulismo enviaré mi pésame a tu familia.

—Me has dado una idea.

—Ah, ¿sí?

Ulrich dijo con fiereza:

—Sí. Mis hombres tenían órdenes de seguirme al cabo de diez minutos, siete de los cuales deben haber pasado ya. Cuando me saquen... me acordaré de tu idea. Sólo que como habrás encontrado la muerte robando en mis tierras, no creo que tenga que enviar pésame alguno a tu familia.

Georg gruñó:

—Está bien... está bien... Lucharemos hasta la muerte: tú, yo y nuestros hombres, sin malditos intrusos que vengan a estorbarnos. Muerte y condenación para ti, Ulrich von Gradwitz.

—Lo mismo te deseo, Georg Znaeym, ladrón de bosques, cazador furtivo...

Los dos hombres hablaban con la amargura de la posible derrota que les aguardaba, porque cada uno sabía que podía pasar mucho tiempo antes de que sus hombres los buscaran o encontraran.

Era pura cuestión de suerte qué bando irrumpiría primero en escena.

¿Los hombres de Ulrich von Gradwitz?

¿Serían los de Georg Znaeym?

Cuestión de suerte...

Ambos enemigos habían renunciado ya al vano forcejeo por liberarse de la masa arbórea que los apresaba.

Ulrich limitó su empeño al esfuerzo por acercar lo bastante su brazo parcialmente libre al bolsillo exterior de su chaqueta, a fin de extraer de él su frasco de licor. Y aun cuando hubo realizado esta operación, tardó mucho tiempo en poder llevar a cabo el desenroscado del tapón y que algo de líquido bajara por su garganta.

¡Qué sensación tan agradable!

Era aquél un invierno benigno y poca nieve había caído hasta el momento. De aquí que los cautivos padecieran menos frío del que hubiera podido darse en aquella estación del año.

Sin embargo, el licor fue cálido y reconfortante para Ulrich, que miró con algo parecido a un latido de piedad hacia donde yacía su enemigo.

—¿Podrías alcanzar el frasco si te lo tiro?

—¿Qué?

—Contiene buen licor y hay que reconfortarse mientras se pueda. Bebamos, aunque uno de los dos muera esta noche.

—Apenas puedo ver nada. Tengo mucha sangre coagulada por los ojos. Pero no, no quiero nada tuyo. No bebo con un enemigo.

Ulrich quedó silencioso unos minutos y permaneció escuchando el

lúgubre aullido del viento.

Una idea fue lenta y progresivamente tomando forma en su cerebro.

Una idea que cobraba fuerza cada vez que contemplando al hombre que luchaba tan encarnizadamente contra el dolor y el agotamiento.

En el dolor y postración que el mismo Ulrich sentía pareció extinguirse el odio antiguo y feroz.

Dijo:

—Georg...

—Dime.

—Haz lo que quieras si tus hombres llegan primero. Fue un acuerdo justo. Pero en lo que a mí respecta, he cambiado de idea. Si mis hombres son los primeros en llegar, tú serás el primero en ser ayudado, como si fueras mi huésped. Hemos reñido como demonios durante toda nuestra vida por esa estúpida faja de bosque, donde los árboles ni siquiera pueden soportar erguidos la más leve ráfaga de viento. Tendido aquí esta noche, pensando, he llegado a la conclusión de que hemos sido un par de necios. Hay cosas mejores en la vida que intentar una disputa limítrofe. Georg, si quieres ayudarme a enterrar la antigua reyerta, yo... yo te pido que seas mi amigo.

Georg Znaeym permaneció callado tanto rato que Ulrich pensó que quizá se había desmayado debido al dolor de sus heridas.

Al fin habló muy despacio.

—Por una vez tengo que darte la razón. ¡Qué necios hemos sido todos estos años!

—Me alegro de que estés de acuerdo.

—¿Te imaginas cómo nos mirará la gente cuando cabalguemos juntos por la plaza del mercado? Nadie puede recordar haber visto a un Znaeym y un Von Gradwitz conversando amistosamente. ¡Y qué paz reinará entre la gente del bosque después de haber puesto fin esta noche a nuestra querella!

—Sí. Al decidir hacer las paces entre nosotros y nuestra gente no hay nadie que interfiera nuestro acuerdo, no hay intrusos al margen del asunto...

—Tú vendrías y pasarías la Navidad bajo mi techo, y yo iría y festejaría algún día señalado en tu castillo... Jamás dispararía un tiro en tus tierras, salvo que tú me invitaras a hacerlo como huésped tuyo... Y tú vendrías a cazar conmigo a los pantanos, que están repletos de ánades.

—En toda la región no hay nadie que pueda obstaculizar nuestro deseo de hacer las paces.

—Jamás pensé haber querido hacer otra cosa que odiarte toda mi

vida, pero creo que en esta última hora también yo he cambiado mi modo de ver las cosas. Me ofreciste tu frasco de licor... Ulrich, quiero ser tu amigo.

Por un momento, ambos hombres permanecieron en silencio, considerando los maravillosos cambios que su dramática reconciliación reportaría.

En el bosque frío y lúgubre, mientras el viento azotaba en inciertas ráfagas las desnudas ramas y silbaba entre los troncos de los árboles, esperaron en su obligada inmovilidad la ayuda que ahora traería libertad y socorro a las dos partes.

Y cada uno rezó una oración en silencio para que sus hombres fueran los primeros en llegar y de este modo ser también el primero en mostrar su honrosa atención hacia el enemigo que se había convertido en amigo.

De pronto, en un instante en que cesó el viento, Ulrich rompió el silencio.

—Pidamos ayuda.

—¿Cómo?

—A gritos. Es lo único que podemos hacer. En esta calma que nos rodea, nuestras voces pueden llegar bastante lejos.

—No mucho, debido a los árboles y la maleza.

—Pero podemos probar. Los dos a la vez, vamos.

—Está bien.

Y alzaron sus voces en una larga llamada de caza.

Tras escuchar en vano en espera de una respuesta, Ulrich instó unos minutos después:

—Intentémoslo de nuevo.

Volvieron a pedir ayuda.

Ulrich anunció:

—Creo que esta vez he oído algo.

—Yo no he oído más que el maldito viento.

Volvió a producirse el silencio durante unos minutos y después Ulrich profirió un grito de júbilo.

—Veo unas figuras atravesando el bosque. Siguen la dirección que tomé al bajar la ladera de la montaña...

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Son tus hombres o los míos?

—Eso no puedo saberlo. Pero, ¿qué más da? Tanto si son mis hombres como los tuyos, lo cierto es que han oído nuestras llamadas y vienen a liberarnos. Dentro de unos minutos estaremos libres.

—Guiémosles hasta aquí con nuestras voces.

—Sí.

Los dos cautivos alzaron sus voces tanto como les fue posible.

—¡Nos han oído! ¡Se han parado! Ahora nos han visto. ¡Vienen corriendo hacia aquí!

—¿Cuántos son?

—No puedo distinguirlos bien. Nueve o diez.

—Entonces son tus hombres. Yo sólo llevaba siete conmigo.

—Se acercan a toda velocidad que pueden. ¡Vamos, valientes!

—¿Son tus hombres? ¿Son tus hombres?

—No.

—No lo entiendo. Si no son mis hombres y tampoco son los tuyos... ¿quiénes son?

Ulrich replicó con una carcajada, la carcajada idiota y convulsa de un hombre muerto de miedo, aterrorizado por el pánico, trastornado por el presagio de una muerte horrible, cruel, despiadada...

—¿Por qué te ríes así? ¿Quiénes son? No puedo ver nada.

Georg forzaba sus ojos para ver lo que el otro hubiera preferido no haber visto.

—¿Quiénes son?

Ulrich dijo:

—Son los lobos.

—¿Qué?

—Dentro de un minuto estarán aquí. Los hemos guiado con nuestras voces y ahora se orientan por el olfato. Están hambrientos y les gusta la carne humana más que nada en el mundo. ¿Sabes que un animal asustado segrega una sustancia que hace aún más apetitosa su carne?

—¡Calla! ¡Calla!

—Vamos a morir despedazados y comidos por esas alimañas feroces... Nosotros, que nos creíamos los dueños del bosque. ¡Ellos sí que son los dueños del bosque! Ahora lo van a demostrar...

—¡Calla!

Ya estaban allí.

Ulrich no se había equivocado. Eran nueve o diez, como mucho, una docena... Una docena de lobos hambrientos, babeantes, jadeantes, ágiles como demonios, con las fauces abiertas y los ojos echando fuego.

¡Allí estaban!

Se abalanzaron en tropel hacia las dos indefensas presas.

Ulrich von Gradwitz cerró los ojos para no ver.

Georg Znaeym quiso ver, pero no podía.

Dos alaridos casi iguales, casi al mismo tiempo, se elevaron desde lo profundo del bosque.

Cesaron casi inmediatamente...

Los dos enemigos reconciliados sintieron su carne desgarrarse bajo los colmillos feroces.

Los dueños del bosque habían ganado.

Sólo ellos...

LA MUERTA

MURLOCK vivía en una casa de troncos rodeada totalmente por el gran bosque, de cuya oscuridad y silencio él parecía formar parte.

Nadie le había visto nunca sonreír ni pronunciar una palabra de más.

Sus pocas necesidades quedaban satisfechas por la venta o trueque de pieles de animales salvajes en la ciudad ribereña, ya que al parecer la agricultura era algo que no le interesaba.

La cabaña de troncos, con su chimenea de leña, su tejado de combadas duelas de barril sustentadas por postes transversales y su tintineo de arcilla, tenía una sola puerta y, enfrente mismo de ella una ventana.

Esta ventana estaba cerrada...

Y nadie podía recordar haberla visto alguna vez abierta.

¿Por qué se hallaba cerrada?

¿Era porque a Murlock no le gustaba la luz y el aire?

En las raras ocasiones en que un cazador había pasado por aquel solitario lugar, Murlock había sido visto tomando el sol a la puerta de su cabaña.

Es decir, que a Murlock sí le gustaba la luz y el aire.

¿Por qué estaba entonces aquella ventana cerrada?

Pocas personas llegaron a descubrir el secreto de aquella ventana.

Yo soy una de esas pocas personas.

Murlock aparentaba setenta años, pero en realidad tenía unos cincuenta. Algo independientemente de los años había contribuido a su envejecimiento. Su cabello y su larga y poblada barba eran blancos. Sus ojos, grises y sin brillo, estaban hundidos. Y su cara aparecía materialmente surcada de arrugas. Su figura era alta y enjuta, con una joroba en la espalda.

Yo nunca le vi.

No, la verdad es que jamás en mi vida vi a Murlock...

Estos detalles me los contó mi abuelo, de quien también supe la historia de Murlock siendo yo un muchacho.

Mi abuelo le había conocido cuando vivía cerca de él en aquellos lejanos días.

Un día, Murlock fue hallado muerto en su cabaña.

No era tiempo ni lugar para investigaciones y supongo que se acordó que había muerto por causas naturales, o me dijeron otra cosa y no la recuerdo.

Sólo sé que el cadáver fue enterrado cerca de la cabaña, junto a la tumba de su esposa, que le había precedido hacia tantos años que ni siquiera la tradición local tenía noticia de su existencia.

Esto cierra el capítulo final de esta verídica historia...

Bueno, algunos años después, penetré una vez en el lugar y me aventuré lo bastante cerca de la ruinoso cabaña como para arrojar una piedra contra ella. Yo era un muchacho muy travieso. Luego salí huyendo para eludir el fantasma que encantaba aquellos lugares.

Pero existe un capítulo anterior...

Este, a cargo de mi abuelo.

Cuando Murlock empezó a abatir árboles blandiendo vigorosamente su hacha a fin de construir su cabaña, era joven, fuerte y animoso. Con el rifle buscaba su subsistencia.

En algún lugar del Este, de donde procedía, se había casado con una joven digna en todos los aspectos de su amor, que compartió los peligros y privaciones de aquel pedazo de tierra con esforzado espíritu y corazón alegre.

Nadie recuerda el nombre de aquella mujer.

Eran felices. ¿Qué más se puede pedir?

Cierto día, al regresar Murlock de caza en una lejana parte del bosque, se encontró a su mujer postrada con fiebre y delirando.

No había ningún médico en muchas millas a la redonda.

Ni tampoco vecinos...

Como tampoco estaba la enferma en condiciones de que su marido la dejara en la cabaña para ir en busca de ayuda, Murlock decidió cuidarla lo mejor que supo para intentar devolverle la salud.

Pasaron tres días...

Al finalizar el tercero, su esposa perdió el conocimiento y así permaneció, sin que al parecer volviera ya a recuperarlo un solo instante.

Cuando se convenció de que estaba muerta, Murlock tuvo la suficiente serenidad como para recordar que a los muertos hay que enterrarlos.

En el cumplimiento de este sagrado deber, se equivocó una y otra vez, hizo mal ciertas cosas y otras que hizo bien las repitió continuamente.

Sus errores le llenaban de asombro, como el borracho que se da cuenta de su borrachera.

Le sorprendió el hecho de no llorar.

Le sorprendió y le avergonzó un poco, pues parecía cruel no llorar a los muertos...

Habló en voz alta consigo mismo.

—Mañana construiré el ataúd y cavaré la tumba. Sé que cuando no la vea más, la echaré de menos. Pero ahora, aunque está muerta, todo sigue igual... ¡Todo debe seguir igual!

Y, a la agonizante luz del día, se inclinó sobre el cadáver para arreglarle el cabello y dar los toques finales al conjunto, haciéndolo todo mecánicamente.

En su interior seguía pensando que todo seguía igual, que no había pasado nada...

¡Que recuperaría a su mujer y todo tendría una explicación!

Su corazón no podía soportar todo aquello ni su imaginación concebirlo.

No se daba cuenta del golpe que había recibido. ¡Aquella certidumbre vendría más tarde y ya nunca le abandonaría!

El sufrimiento acude de muy diversas formas...

A unos les sobrecoge.

A otros les deja estupefactos.

Para unos viene a ser como el impacto de una flecha, que nace vibrar todas sus cuerdas sensibles.

Para otros, como el golpe de un mazo, que aturde.

Murlock se vio afectado de este último modo, porque no bien hubo terminado su funerario trabajo, se sentó en una silla, ante la mesa sobre la que yacía el cadáver, y se dedicó a contemplar a su amada.

Advirtió cuán blanco se veía el perfil en la lúgubre penumbra.

Luego apoyó sus brazos en el borde de la mesa y hundió la cabeza en ellos, terriblemente cansado.

En aquel momento se oyó a través de la abierta ventana un sonido largo y quejumbroso, como el llanto de un niño perdido en las distantes profundidades del oscuro bosque.

Pero Murlock no se movió...

Aquel grito sobrenatural se repitió, ahora más próximo. Tal vez era una bestia salvaje. Quizá no era más que un sueño.

Porque Murlock estaba dormido...

Algunas horas después, Murlock se despertó y, levantando la cabeza, escuchó con atención.

Sin saber por qué.

Allí, en la negra oscuridad que rodeaba a la muerta, forzó sus ojos para ver.

No sabía el qué.

Todos sus sentidos estaban alerta, su respiración en suspenso, hasta su sangre había detenido su curso como confabulada con el silencio.

¿Quién?

¿Quién le había despertado y dónde estaba?

De pronto, la mesa tembló bajo sus brazos y en el mismo instante oyó, o creyó oír, un paso leve y suave... otro... ¡Sonidos como de pies desnudos sobre el suelo!

Estaba tan aterrorizado que no podía gritar ni moverse.

No tuvo más remedio que esperar... esperar allí, en la oscuridad, lo que se le antojaron siglos de inigualable espanto.

Trató en vano de pronunciar el nombre de la muerta.

Intentó alargar su mano para saber si ella estaba allí.

Tenía la garganta seca. Sus brazos y manos parecían de plomo.

Entonces ocurrió algo de lo más aterrador.

Un cuerpo pesado pareció abalanzarse contra la mesa, con tal ímpetu que la empujó contra su pecho y estuvo a punto de volcarla sobre él.

En el mismo instante, Murlock oyó y sintió la caída de algo sobre el suelo, con un trastazo tan violento que toda la casa retembló por el impacto.

A esto siguió ruido de pelea y una confusión de sonidos imposible de describir.

Murlock se levantó.

El miedo le había hecho perder el control de sus facultades.

Extendió sus manos sobre la mesa.

¡Allí no había nada!

Hay un punto en que el terror llega a convertirse en locura. Y la locura conduce a la acción.

Sin intento definido alguno, sin más móvil que el ciego impulso de un loco, Murlock saltó hacia la pared, asió tras palpar brevemente su cargado rifle y, sin apuntar, disparó.

¡Al resplandor del fogonazo que iluminó vivamente la estancia vio una enorme pantera arrastrando a la muerta hacia la ventana, con sus colmillos clavados en su garganta!

Entonces la oscuridad se hizo más negra que antes.

Y el silencio...

Cuando Murlock volvió en sí, el sol estaba alto en el cielo y en el bosque cantaban los pájaros.

El cuerpo yacía junto a la ventana, donde la bestia lo había dejado cuando huyó asustada por el fogonazo y la detonación del rifle.

Las ropas estaban descompuestas, el largo cabello en desorden,

las extremidades descansaban de cualquier maneja sobre el suelo. De la garganta, espantosamente lacerada, manando un chorro de sangre todavía no totalmente coagulada. La cinta con la que le había atado las muñecas estaba rota. Las manos aparecían tensamente crispadas...

Entre los dientes de la muerta, se veía un fragmento de oreja de la pantera.

UN POBRE DIABLO

JOHN Brown empezaba a pensar que había cometido un gran error al casarse con Sally.

Lo malo era que lo había descubierto al cabo de quince años de matrimonio...

Aquella Sally gruesa, con papada y noventa kilos de peso, distaba mucho de ser la muchacha esbelta como una sílfide, dulce y delicada, que él había conocido muchos, muchos años atrás.

Lo incomprensible para John Brown era que una mujer tan gorda pudiese ser, al mismo tiempo, tan activa. Lo de gruñona y déspota venía por añadidura.

Tal vez si hubiesen tenido hijos...

Pero el matrimonio no había fructificado.

¿Por culpa de quién?

¡Qué más daba!

John, que era un sentimental, lo deploraba a menudo. Aunque al mismo tiempo se decía que sus hijos, seguramente, habrían padecido tanto como él.

Eran cosas que ya no se podían remediar, al cabo de quince años de casados.

¡Quince años! Parecía imposible...

John Brown seguía sin comprender cómo su mujer había añadido treinta kilos o más de peso a su cuerpo sin perder por ello la actividad... salvo cuando dormía.

Bueno, tampoco cuando dormía, porque había que ver qué ronquidos se escapaban de su garganta.

Cuando la veía dormida, boca arriba, resoplando con gran estridencia, pensaba que parecía una foca con camisón y bigudíes para el pelo.

Era la única señal de inactividad de la señora Brown.

En cuanto se despertaba, empezaba el jaleo en la casa. Aseo, limpieza, desayuno, más limpieza, compra, charlas por teléfono con esta amiga, con la otra, con una hermana que vivía a cuatrocientos kilómetros. Paseos para adelgazar que, paradójicamente, le proporcionaban un apetito feroz y que se traducían en unas comidas pantagruélicas. Reuniones en éste o en el otro club, salidas al cine, a

pasear, de compras, de peluquería, de sauna...

Sally era una ardilla, pero con noventa kilos de peso...

Su marido no lograba entender de dónde sacaba ella tantas energías.

Era sencillamente incansable.

Lo malo era que pretendía arrastrarle a él, y al negarse, porque John Brown era más bien de natural sencillo y apacible, Sally se enfadaba, a veces hasta la exasperación, y entonces se producían unas discusiones terribles, discusiones más bien unilaterales.

Cuando Sally concentraba sus energías en uno de sus fogosos discursos, el torrente de palabras que soltaba no permitía a su interlocutor ninguna respuesta.

A no ser la siguiente:

—Sí, querida... no, querida... sí, cariño... no, cariño...

Y así, indefinidamente.

Hombre sencillo y apacible, John Brown era, además, un poco descuidado.

Tenía alma de artista, pero era un simple burócrata.

Le hubiera gustado ser pintor, escultor, músico... pero tenía que conformarse con manejar una calculadora.

A lo más que había llegado era a sencillos trabajos de ebanistería que realizaba en el sótano de su casa.

Allí, en la soledad de su escondite, al cual no bajaba nunca Sally, se sentía a sus anchas.

Y podía fumar...

Porque Sally, además, no le permitía encender un solo cigarrillo en la casa. Decía que el olor del tabaco la mareaba. Pero había que ver a sus amigas cuando celebraba alguna reunión. Las había que fumaban más que un camionero.

Y Sally, encantada...

Pero es que allí, en casa, Sally era la dueña y señora y, literalmente, tenía a su esposo bajo el tacón de su bota.

John había pensado más de una vez en el divorcio, pero sabía que ella, con tal de fastidiarle, no accedería nunca.

Empezaba a resignarse.

A los cuarenta y cinco años, su vida era un infierno, y puesto que gozaba de buena salud parecía lógico suponer que le quedasen todavía treinta o más años de martirio.

Y ello le ponía los cabellos de punta.

Los pocos que iban quedando en su monda cabezota...

El señor y la señora Brown vivían en una casa antigua situada casi en las afueras de la gran urbe.

John la había heredado de sus padres y le tenía gran cariño.

Era relativamente pequeña, pero sólida y bien construida.

La casa poseía una peculiaridad: tenía dos sótanos.

Uno de ellos era el que John había destinado a taller de carpintería.

El otro era un subsótano, construido cien años atrás, a una desusada profundidad, pero con un propósito bien definido: la conservación de alimentos en una época en que no se conocían los frigoríficos.

Actualmente, el subsótano estaba condenado.

¿Para qué iban a usarlo?

La losa de piedra que permitía la entrada al mismo estaba cubierta por una alfombra sobre la cual había una mesa, encima de la cual John trazaba sus proyectos y planos para los muebles que construía, algunos de ellos instalados en la casa, venciendo la poderosa resistencia de la señora Brown.

John era también aficionado a la lectura. Compraba libros con alguna frecuencia, lo que le hizo ver un día que debía construirse una nueva estantería, ya que la que ahora tenía en la sala principal se estaba quedando pequeña.

Aquella noche, después de cenar, se lo dijo a su esposa.

Sally contestó instantáneamente:

—Olvidalo, John. La sala está bien como está.

—Pero, mujer... no nos costaría apenas nada. Sólo el precio de la madera. Y Dave, el suministrador, me hace una considerable rebaja...

—Olvidalo.

—Pero...

Sally puso las manos sobre sus exuberantes caderas.

—Tienes un dilema que solucionar: la librería o yo.

La respuesta de John fue rápida.

—La librería.

Sally soltó una estridente carcajada.

—Sabía que dirías algo así. ¡Pues no, señor! No habrá librería. Y yo continuaré aquí. ¡Qué más quisieras tú que librarte de mí! ¿Crees que no sé lo que piensas? A veces hablas en sueños y te oigo lo que dices. Sí, señor... Me llamas foca en camión, vieja gorda, lorito con cuerpo de cachalote... ¡Tendrás que aguantar muchos años todavía a esta foca con camión, a esta vieja gorda y a este lorito con cuerpo de cachalote! ¡Ya lo creo que me tendrás que aguantar! ¡Hasta que me muera! Y tengo cuerda para rato, créeme.

Sally era una imprudente y una inconsciente.

Por eso continuó hablando, y hablando, y hablando...

Y su esposo aguantando.

—Todos los hombres sois iguales: unos brutos, unos salvajes con una delgada costra de civilización que desaparece apenas se rasca un poco la piel que os cubre... Y nosotras pobres e infelices mujeres, sirviéndoos como objetos de placer, como esclavas, siempre pendientes de vuestros caprichos... «¡Tráeme la cena! ¡Ponme las zapatillas! ¡El café está frío! ¡Esta comida no me gusta!» Y ahora, por si fuera poco, quieres desprenderte de mí como si fuese una lata vacía... Estás equivocado. Pero que muy equivocado...

Bla, bla, bla...

La lengua de Sally se movía al mismo compás que sus manos, al tejer aquel jersey para el invierno que ya se avecinaba.

John se estremeció al ver aquel horrible color rojo que predominaba en el conjunto.

¿Le obligaría a llevar aquella cosa tan horrenda?

Se temía que sí.

Bla, bla, bla...

Rojo, rojo, rojo...

Bla, bla, bla...

Rojo, rojo, rojo...

Con sorprendente espíritu crítico, John estudió unos momentos el cuello de su mujer.

Demasiado grueso para sus manos.

Y ella demasiado pesada para colgarla por sí solo de una viga.

Bla, bla, bla...

Rojo, rojo, rojo...

De pronto, se puso en pie.

—Sally...

La mujer suspendió unos instantes el movimiento de sus manos.

—¿Qué?

—Voy un momento al sótano.

—Bien, pero perfúmate la boca al subir. Ya sabes que detesto horriblemente el olor del tabaco. ¡Tabaco! Uno de los motivos de la perdición de los hombres, droga maldita inventada por alguien que debe estar en el infierno desde hace siglos...

Bla, bla, bla...

John corrió hacia el sótano.

Elegió un martillo.

El más pesado.

Lo blandió un par de veces. Serviría perfectamente para la operación. «Operación silencio».

Volvió a la sala pisando de puntillas. Llevaba el martillo escondido en la espalda.

A pesar de todo ello, Sally le oyó.

—¿Ya estás de vuelta? Oye, John, ¿sabes la noticia? Van a prolongar el ramal del ferrocarril subterráneo...

El martillo bajó de pronto.

Hizo «crack» y el bla, bla, bla cesó.

Sally dejó de hablar.

John exclamó:

—¡Qué maravilla!

Le parecía mentira aquel silencio.

Sally estaba en su butaca, ladeada sobre una de las orejas, con la boca abierta en una mueca grotesca. Parecía decir: «Los hombres son todos iguales...»

John examinó con atención el punto de impacto. Sólo habían brotado unas gotitas de sangre.

Pero la «Operación Silencio» no había terminado aún. Sally, aunque inconsciente, se resistía a morir.

—¡Diablos! Siempre me llevó la contraria.

Momentos después, la inconsciente señora Brown estaba en el sótano.

John apartó a un lado la mesa y la alfombra que cubría la losa de piedra. Sabía cómo moverla.

Todavía estaba en el techo la garrucha que servía para levantar la losa mediante una cuerda. John había sido siempre muy cuidadoso y la había guardado en un armario viejo.

Instantes después, la piedra quedaba convenientemente suspendida a un par de metros del suelo. Una bocanada de aire fétido y maloliente brotó del subsótano, cerrado durante tantos años.

En aquel momento, Sally empezó a moverse de nuevo.

John empleó el martillo dos veces más.

A la segunda, el cráneo se rompió como una cáscara de huevo. La boca de la señora Brown se torció en una definitiva mueca de muerte.

A continuación, su cuerpo desapareció por el hueco.

El ruido que hizo al chocar contra el suelo, un «¡plaf!» sensacional, pareció al recién viudo la más deliciosa de las músicas.

Luego tomó una lámpara portátil.

Había una escalera adosada a una de las paredes del subsótano y ello le permitió el descenso hasta el fondo.

La pieza tenía varios metros en cuadro y el suelo era de tierra arenisca, muy compacta. John estudió las distintas posibilidades.

Llenar todo el suelo con una gran capa de cemento era un

desatino. La gente recelaría al ver llegar a su casa un camión con un cargamento de sacos de argamasa.

Lo más práctico sería cavar una fosa allí mismo.

Tenía una ventaja a su favor.

Los trabajos de carpintería le habían ido endureciendo la piel de las palmas de las manos. No le saldrían, por lo tanto, ampollas susceptibles de llamar la atención de la gente. El único problema consistía en comprar un pico y una pala.

Pero también era un asunto solucionado.

La imaginación de John Brown era mucho más fértil de lo que su empleo de burócrata rutinario parecía sugerir.

Durante los días que siguieron, cavó durante una hora diaria en el jardín de la casa, arreglando parterres y ahuecando la tierra en algunos sitios para sembrar rosales.

Las amigas de su mujer empezaron a preocuparse por su ausencia.

John contestaba a todos que Sally se había ido a visitar a una tía anciana que vivía en el otro extremo del país y con la cual permanecería algunas semanas.

Su explicación extrañó en general, porque nunca la habían oído mencionar a la tía de Oregón, que era donde había dicho John que se había ido su esposa.

Cavar la tumba le costó tres días.

El último resultó particularmente desagradable, porque el cadáver ya hedía.

Claro que lo solucionó poniéndose una máscara casera, empapada en agua de colonia.

Al fin, Sally se hundió en el hueco que le había destinado su esposo, de dos metros de largo, por uno de ancho y dos de profundidad.

Los días siguientes dedicó una hora diaria, además del trabajo en el jardín, a pisonar bien la tierra del subsótano.

Dos semanas después el suelo quedaba como si allí no hubiera pasado nada.

Entonces fue cuando recibió la visita de la policía.

* * *

El sargento Clay pertenecía a la Brigada de Homicidios.

Era un individuo de unos cuarenta años, rechoncho, de aire entre escéptico y socarrón, acostumbrado a las flaquezas y debilidades humanas.

Estaba allí porque una de las amigas de la señora Brown recelaba que él la hubiera asesinado.

John se echó a reír al oír aquellas palabras.

—Las amigas de mi esposa tienen tanta fantasía como ella.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Lo que pasa es que nadie, ni yo mismo, hemos conseguido conocer del todo a Sally. Ya ve, yo tampoco conocía la existencia de esa tía suya, y eso que llevamos quince años casados.

—Vaya...

—Y es que Sally es muy reservada para según qué cosas. He podido deducir que no me habló nunca de su tía porque ésta se sintió un poco herida cuando Sally se casó conmigo.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Bueno... no sé por qué, siempre fui honrado y decente. Tal vez su tía quisiera para Sally un ricachón, cosa que yo no he sido nunca.

—Entiendo.

Pero el sargento Clay no se conformó con aquella explicación. Parecía poco convincente.

—De todos modos, tendría que comprobar si lo que usted dice es cierto. ¿Por qué no me da las señas de su tía de Oregón?

—Porque no las sé.

—No las sabe, ¿eh?

—No. La tía es rica y Sally piensa heredarla, pero también piensa separarse de mí. Se marchó después de una fuerte discusión, muy enojada... tanto, que no quiso darme su dirección.

El sargento pensó que se trataba de una excusa absurda, pero, por otra parte, ¿quién podía probar lo contrario?

John sonrió.

—No me cree, ¿verdad?

—No... no. Yo...

—¿Quiere echar un vistazo conmigo a la casa?

—Hum... le han visto trabajar durante días en el jardín con pico y pala...

—Estaba arreglando los arriates y preparando hoyos para la siembra de rosales. Pero si eso fuera cierto, si yo hubiese asesinado a Sally, no iba a cavar una tumba a pleno día, después de mis horas de oficina. Y, ¿quién me ha visto cavando en el jardín a deshoras?

Clay tenía el íntimo convencimiento de que aquel hombre de aspecto insignificante le estaba engañando, pero no parecía fácil cogerle en falta.

John insistió:

—¿Quiere echar un vistazo a la casa?

—Si no le importa...

—No, claro que no. Oiga, cuando mi esposa regrese de Oregón,

dígame cuál de sus amigas me ha denunciado. Ella y yo vamos a reírnos mucho, sargento.

Los dos hombres recorrieron la casa desde el desván al sótano donde John se entretenía con sus trabajos de ebanistería.

John llevó su audacia hasta el extremo de enseñarle el subsótano.

—Un buen sitio para poder enterrar a mi mujer, ¿no le parece? Pero Sally volverá y entonces todas esas sospechas se desvanecerán como el humo.

Al policía le llamó mucho la atención el sistema empleado para levantar la pesada losa que cubría la entrada del subsótano. Una cuerda, una garrucha... ¿Qué más se necesitaba para ahorcar a una persona?

Y luego, aquel estupendo subsótano, tan adecuado para enterrar el cadáver...

Pero John, inalterable, le enseñaba todo.

Demasiado seguro de sí mismo, aunque tal vez... Tal vez era cierto lo de la tía rica de Oregón.

Al cabo de un rato, el sargento se despidió de John.

El dueño de la casa quiso invitarle a una copa, pero Clay declinó beber.

—Estoy de servicio.

Como quiera.

De pronto, cuando se iban a separar, el sargento concibió una idea.

—¿Qué medio de transporte usó su esposa para trasladarse a Oregón?

—El tren, seguro. Siempre le ha gustado la comodidad, aunque tarde más.

—Puedo averiguar cuándo sacó su esposa un billete de ferrocarril.

—Es posible, pero no olvide que también pudo pagarlo en el trayecto, sin necesidad de comprarlo en taquilla.

Clay hizo una mueca.

Otra posibilidad que se esfumaba.

Y, ¡qué diablos!, casi estaba seguro de que la denuncia se debía a inexplicables resentimientos femeninos. O acaso la acusadora no tenía nada mejor que hacer.

A veces pasaban cosas así.

Y puesto que el señor Brown aseguraba que su esposa iba a volver...

Sería cosa de esperar, no había otro remedio.

Una semana después se produjo una gran catástrofe ferroviaria en el noroeste del país.

Hubo infinidad de muertos y gran número de heridos.

Muchos de los cadáveres estaban horriblemente mutilados y se rogó a los posibles deudos que acudiesen a identificarlos.

John Brown fue uno de los que atendió la llamada.

Apenas conoció la noticia, metió un poco de ropa en un maletín y partió hacia el lugar de la catástrofe.

John Brown conservó el suficiente aplomo para ver cadáver tras cadáver, hasta que encontró el de una mujer gruesa y voluminosa a la que le faltaba la cara por completo. Las manos estaban machacadas y una pierna se había perdido.

John desempeñó muy bien el papel de viudo afligido. No derramó lágrimas, pero mostró en todo momento el talante adecuado: firmeza en el dolor.

Recibió las condolencias de los empleados y firmó los papeles necesarios.

Al día siguiente, el cadáver de la supuesta señora Brown era enterrado en el cementerio de la localidad donde se había producido la catástrofe.

Fue una ceremonia íntima. Asistieron tan sólo, aparte del personal del cementerio, el viudo, un representante de la compañía ferroviaria y un sargento de policía.

Tres grandes ramos de flores fueron depositados sobre la tumba en la que ya se leía el nombre de Sally Brown y las fechas de su nacimiento y defunción.

El ramo de flores depositado por el viudo llevaba una cinta con una inscripción conmovedora:

«No te olvidaré jamás. John»

Efectivamente, el señor Brown no olvidaría jamás a su esposa.

Sobre todo, teniendo en cuenta la indemnización que cobraría del seguro ferroviario, cantidad nada despreciable.

Cuando llegó a la ciudad, la noticia se había extendido ya y durante algunos días estuvo recibiendo visitas de pésame.

Una de ellas fue del propio sargento Clay.

—Lo siento, señor Brown.

—Ya le dije que Sally volvería a casa. Pero el destino... el destino quiso que no acabase su viaje...

—Una pena. Crea que lo siento de veras. Le ruego que perdone mis anteriores visitas, pero...

—No tiene que disculparse, sargento. Usted cumplía con su deber.

En memoria de la pobre Sally no quiero decirle nada a la parlanchina que denunció su supuesto asesinato, pero hágame el favor de verla en mi nombre y echarle una buena reprimenda. Desde el cielo, donde indudablemente está Sally ahora, podrá ver la fidelidad de mis sentimientos, en contraste con la amistad de algunas personas que tanto alardeaban de estimarla.

John era un hombre muy mesurado y poco amigo de tener salidas de tono.

Por eso se abstuvo de dar unas zapatetas cuando se quedó solo.

Pero no fue por falta de ganas...

* * *

John Brown había cometido el crimen perfecto. Había matado a una persona sin que nadie hubiese podido probar el crimen y el cadáver, además, estaba bien enterrado.

Pero no en el sitio en que todo el mundo suponía...

La cosa se fue olvidando.

El tiempo no pasa en vano.

John Brown, un año después de la muerte de Sally, empezó a considerar que si bien a su edad no era un jovencito, tampoco podía ser considerado un anciano.

En resumen, que necesitaba compañía femenina.

Ganaba un sueldo excelente, era morigerado en sus gustos, nada entregado al derroche y, por si fuera poco, poseía una casa con un jardincito.

¿Qué más podía pedir una mujer?

Una mujer de, por ejemplo, treinta o treinta y cinco años...

Se le hizo la boca agua al pensar en ello.

A una mujer así se le está pasando la juventud y si buscaba seguridad y cariño, John le ofrecía holgadamente ambas cosas, pues estaba ansioso de desquitarse de los quince años de infierno pasados junto a Sally.

Entonces fue cuando conoció a Dorothy, una viuda de treinta y cuatro años guapetona y cariñosa.

John se prendó inmediatamente de ella.

Dorothy había perdido a su marido hacía dos años escasamente. Como no sabía vivir mano sobre mano, aparte de que no era rica, entró a trabajar en la compañía donde estaba John.

Allí se trabó el conocimiento mutuo.

Primero fueron conversaciones sin importancia.

Luego, John la invitó una noche a cenar.

Dorothy no se mostró remisa en aceptar la invitación. Se arregló

de manera adecuada y John la encontró más guapa que nunca.

Durante la cena, animados por una botella de buen vino de California, se hicieron mutuas confidencias. A Dorothy le desagradaba tener que trabajar en una oficina, pese a que reconocía que no le quedaba otro remedio.

Suspiró.

—Mi ideal es dirigir una casa y cuidar de un hombre. Naturalmente, un hombre de costumbres morigeradas y amante del hogar.

—Como yo.

—Como usted. He oído hablar de usted a mis compañeros de trabajo y hacen siempre grandes elogios.

—Usted me abruma, Dorothy. Soy un hombre como los demás, claro que con mis gustos y aficiones particulares. Pero no soy bebedor, ni jugador, ni mujeriego... De casa a la oficina y de la oficina a casa. Y los domingos, a cuidar el jardín. ¿Le gustan a usted las flores?

—Mucho. Las rosas sobre todo.

—Mañana le enviaré un ramo.

John cumplió su palabra. Al día siguiente, Dorothy, al regresar a su casa, recibió el mayor ramo de rosas que le habían regalado en su vida.

El viernes por la noche volvieron a cenar juntos.

Dorothy le reprochó haberle enviado un ramo de rosas tan grande.

—Debió de costarle un dineral. No lo haga más.

—¿Por qué no? Todo me parecerá siempre poco para una dama tan distinguida y tan atractiva...

Podía preverse fácilmente lo que iba a suceder.

Se casaron al mes siguiente, por rara coincidencia, en el aniversario de la «muerte» oficial de Sally.

Claro que John no se acordó de aquel aniversario.

A veces creía que su vida junto a Sally no había sido sino una pesadilla.

Y es que del infierno había pasado al paraíso, porque vivir junto a Dorothy era, realmente, estar en el paraíso.

Dorothy era dulce, amable, complaciente... Guisaba a las mil maravillas y tenía la casa como los chorros del oro. Además, era muy económica. Hacía milagros con el sueldo de su esposo.

Una gatita, en suma.

Hasta que empezó a sacar las uñas.

Llovía.

Llovía a raudales.

John Brown llegó a su casa empapado de agua y muy fastidiado porque el autobús se había retrasado unos minutos.

Por si fuera poco, una racha de viento le había vuelto el paraguas del revés. John había tenido uno de sus raros accesos de cólera y lo había arrojado lejos de sí. Menos mal que cuando eso pasó, llegaba ya el autobús.

Entró en casa y las huellas de sus zapatos mojados quedaron impresas en el brillante pavimento de madera.

Dorothy sacó las uñas.

—No sé para qué me mato a trabajar. Vienes tú y lo pones todo perdido de barro y agua con tus patazas... Como si no hubiese afuera un felpudo para limpiarse... Algunos hombres, al casarse, creen que toman también una esclava, a la cual pueden mandarle cuanto se les antoja...

John se quedó parado.

Dorothy creyó que la confusión de su esposo se debía a la bronca que le dirigía.

Ignoraba que estaba hablando igual que la difunta Sally.

Sin embargo, John, después de recobrase de la sorpresa recibida, decidió conceder a su esposa el beneficio de la duda. Sí, Dorothy trabajaba mucho en la casa y él venía irritado contra el mal tiempo y el autobús. Era culpable de haber estropeado el brillo del suelo.

—Disculpa, Dorothy, no lo haré más. Voy a descalzarme...

—¡Espera! Te traeré yo misma las zapatillas. Serías capaz de ponerme la casa perdida de agua y barro. Espera aquí.

De momento no pasó nada.

Pero a medida que transcurría el tiempo, Dorothy iba sacando a relucir su verdadero carácter.

Empezó a comer y a engordar. Hizo amistades. Se afilió a un par de clubs. Tenía amigas y se pasaba el día cotilleando por teléfono. Su carácter verdadero afloró a la superficie.

John dio en pensar que, como buen espécimen del género humano, había tropezado dos veces en la misma piedra. Ya tenía cierta experiencia y antes del año de casado, pudo sacar obvias consecuencias.

Salvo el cambio de nombre y de cara, la vida con Dorothy no se iba a diferenciar en nada a la vida con Sally.

Casualidades...

A veces pensaba en la realidad de las leyendas sobre la reencarnación. Parecía como si el espíritu de Sally se hubiese reencarnado en Dorothy y hubiese decidido hacerle pasar un infierno

en vida.

Pero John no estaba dispuesto a dejarse avasallar por segunda vez...

Lo único que le contenía era el sargento Clay. Esta vez, el policía no se creería la excusa de una tía en Oregón. Ni tampoco iba a recurrir nuevamente a la catástrofe ferroviaria.

Eran cosas ya vistas. Debía idear algo nuevo.

Pero era muy difícil. A John le hubiese gustado encontrar en alguna vieja librería un tratado de «Cómo asesinar a la propia esposa sin correr el riesgo de ser acusado de su muerte». A nadie, sin embargo, se le había ocurrido escribir un libro semejante.

Mientras pasaban los días, el carácter de Dorothy se agudizaba. Ya no empleaba arrumacos ni caricias. Simplemente, le trataba a zapatazos.

Y no sólo teóricamente, sino que un día, por un fútil motivo, le tiró a la cara uno de sus zapatos. John esquivó el proyectil por milagro, pero aquel jarrón que estaba sobre la repisa de la chimenea era un objeto inmóvil y no lo pudo esquivar.

Dorothy tuvo incluso la poca delicadeza de acusarle a él de la rotura del jarrón.

—Si no me hubieras hecho enfadar, yo no habría perdido los estribos y no te habría tirado el zapato. El jarrón estaría ahora intacto... ¡Dios mío, qué desgraciadas somos las mujeres! Hemos nacido para sufrir, para soportar el mal carácter de los hombres, para convertirnos en sus esclavas...

Bla, bla, bla...

Dos gotas de agua. Sally y Dorothy.

Había que pensar algo, y pronto.

Pero, ¿es que iba a pasarse la vida casándose con mujeres insufribles y asesinándolas?

Dorothy dijo:

—Te estoy haciendo un jersey para el próximo invierno.

John se estremeció.

Mirándola por encima de las gafas, con ayuda de las cuales leía el periódico de la tarde, preguntó:

—¿De qué color?

—Rojo.

John dobló el periódico tranquilamente.

—Disculpa un momento, cariño. Voy al sótano. Subiré en seguida.

Dorothy no contestó. Estaba contando los puntos del tejido. Luego, con enorme afición, empezó a mover las agujas.

Mientras tanto, abajo, John buscaba entre sus herramientas de trabajo. Al fin encontró lo que deseaba: una escofina grande, de borde

cortante. Sabía manejarla para pulir la bastardad de la madera.

Volvió arriba.

Dorothy oyó sus pasos desde su sillón.

—¿Ya vuelves, querido? Escucha, he decidido que nos traslademos a dormir a la habitación del lado sur. Hay más sol, ¿sabes?, aunque es más pequeña. Claro que no podía tener todas las ventajas. Mañana, en cuanto llegues de la oficina, en lugar de bajar a ese horrible sótano, empiezas a desarmar nuestra cama y...

Bla, bla, bla...

Rojo, rojo, rojo...

Bla, bla, bla...

Rojo, rojo, rojo...

John movió la escofina en sentido horizontal, con golpe rápido y seco, dirigido exactamente y científicamente a la nuca de su esposa.

Dorothy lanzó un gruñido y dejó de mover las agujas.

John tomó el pulso de su esposa. Todavía vivía. Pero ya tenía resuelto el problema.

Cargó con ella y la arrastró hasta la puerta del acceso al sótano. Luego la sostuvo en pie un instante y la arrojó por la escalera. Oyó el ruido hueco de la cabeza al chocar contra un peldaño, pero decidió que debía asegurarse de que estaba muerta.

Bajó al sótano y siguió a la mujer al pie de la escalera. Luego, tras cogerle la cabeza con ambas manos, la golpeó una vez con todas sus fuerzas contra el borde del escalón encementado.

El golpe resultó perfecto.

Como había calculado, ocultó el de la escofina.

A fin de cuentas, era un buen ebanista y tenía un pulso perfecto.

Luego subió arriba y recogió el instrumento, que limpió de sangre y cabellos cuidadosamente, depositándolo de nuevo en el armario de las herramientas. Por tercera vez subió al salón.

Dejó las agujas y la lana en la cestita que había junto al sillón, procurando que tomasen el aspecto con que habrían quedado después de dejarlas Dorothy. Acto seguido, fue a la cocina y preparó café.

Previamente, se había puesto guantes. Era preciso cuidar mucho los detalles.

Volvió al sótano con una bandeja en la que había una cafetera, el azucarero, una taza con su plato y las dos cucharillas correspondientes. Todo fue tocado con los dedos yertos de la difunta, después de lo cual, John subió arriba y dejó caer la bandeja cargada en el cuarto escalón.

Contempló la puesta en escena.

Perfecto, nadie podría dudar del accidente. Ni siquiera el receloso sargento Clay.

Se quitó los guantes, que dejó en su sitio, y luego buscó el teléfono.

Carraspeó un poco. Era preciso hallar el tono angustiado del esposo amante que ve que su mujer ha sufrido una grave caída.

—De modo que su esposa, cuando le bajaba una taza de café, resbaló y cayó por la escalera.

—Así sucedió, sargento. Yo no me había dado cuenta de nada. Estaba abstraído trazando los planos de una nueva estantería para mis libros cuando oí un grito. Luego escuché un ruido horrible y...

—Una pena, señor Brown. Su esposa era aún muy joven.

—Cierto, no había cumplido aún los treinta y seis años... Tan alegre, tan animada, tan llena de vida... Me parece mentira... Hace unas horas estábamos conversando juntos en este mismo salón y...

—Tengo entendido que su esposa poseía algunos ahorrillos.

—Es verdad. Ya había enviudado una vez y cobró quince mil dólares del seguro de vida de su esposo. Pero estuvo dos años sin trabajar, con lo que casi gastó la mitad. Claro es que luego trabajó casi un año y ahorró unos dos mil...

—En resumen, que puede decirse que su esposa poseía un capital de unos nueve mil dólares.

—Más o menos, aunque yo no lo sé con exactitud. Cada uno disponíamos de nuestros bienes independientemente, aunque, claro está, ella administraba la casa como buena esposa que era...

—¿Existe testamento?

—Desde luego. Ambos lo hicimos a poco de casarnos. Cada uno sería el heredero de los bienes del otro en caso de fallecimiento. Yo le legaba esta casa y unos seis mil dólares que tengo ahorrados...

—Ya. Le repito mis condolencias, señor Brown.

El sargento Clay se marchó, con la íntima convicción de que se hallaba ante un farsante, un tipo sumamente ladino y astuto que, en lenguaje vulgar, «se las sabía todas».

Clay estaba acostumbrado, por su profesión, a tratar con todo género de criminales y maleantes. Pero con éstos tenía la ventaja de conocer más o menos sus reacciones. En muchos casos, los antecedentes le ayudaban poderosamente.

Pero el buen sargento se sentía confuso cada vez que topaba con un tipo como John Brown.

John Brown era un hombre muy bien considerado. En su empresa le tenían en gran estima. Jamás había dado motivo de reproche. Siempre había sido un empleado fiel y puntual, acaso no brillante, pero cumplidor en extremo. Un hombre oscuro, una pieza diminuta de una máquina, pero bien constituida e incapaz de fallar. Y bien mirado, los hombres oscuros como Brown, honrados y eficientes, eran los que

hacían andar la maquinaria del país.

En estas condiciones, ¿resultaba extraño que el sargento Clay se sintiese frustrado y decepcionado?

Poseía la íntima convicción de que Brown había cometido su segundo asesinato. Un crimen hábil, como pocas veces había visto. Pero el dictamen del forense era contundente: fractura de la base del cráneo.

Si Brown había asesinado a su segunda esposa, era preciso reconocer que lo había hecho en las más perfectas condiciones. La mujer al pie de la escalera, con lesiones en distintas partes del cuerpo; la bandeja por el suelo y su contenido esparcido, rotas las piezas de porcelana, el café y el azúcar derramados... El resultado obvio de un descuido al bajar una escalera.

¿Quién probaba el asesinato?

Por cierto, era su segunda viudedad. ¿Volvería Brown a casarse por tercera vez?

A fin de cuentas, Dorothy dejaba una pequeña fortuna, nueve mil dólares, en cifras redondas. Clay había visto cometer asesinatos por la décima y aun vigésima parte.

Lo malo era que el dinero no parecía ser la causa del crimen. Brown era un sujeto morigerado, no se le conocían vicios, tampoco se le veía por bares, tabernas ni tampoco por otros lugares menos recomendables. Leía bastante y tenía una afición, la ebanistería. No parecía por tanto, que hubiese matado por nueve mil dólares.

Y si no era por dinero, ¿por qué lo había hecho?

* * *

Desde luego, en las cercanías de la casa no había obras municipales.

En la superficie, no, pero sí en el subsuelo.

Se estaba prolongando el ferrocarril subterráneo y el ramal pasaba justamente junto a la casa. Naturalmente, esto es algo que se hace a base de excavar la tierra a varios metros de profundidad.

Y alguien cometió un error de cálculo, con el resultado de que las perforadoras horadaron justo bajo el subsótano de la casa. Removieron la tierra y dejaron al descubierto el cadáver putrefacto de Sally...

Suerte que la casa era muy segura; antiguamente, los constructores trabajaban a conciencia... De otro modo, el edificio se habría hundido.

Pero ni el propio ingeniero municipal se dio cuenta de que habían removido el subsótano de la casa.

Y el cadáver de Sally, después de más de dos años de estar

sepultada en el subsótano, quedó al descubierto encima de una montaña de tierra, pero fuera del alcance de la vista de los trabajadores que se afanaban en la prolongación del ramal del ferrocarril subterráneo.

Y dejaron el trabajo los empleados de la empresa constructora.

Y llegó la noche...

* * *

John leía cómodamente instalado en el salón, completamente feliz y contento, respirando una paz que hacía mucho tiempo no experimentaba.

Toc... toc... toc.

Desde hacía un buen rato creía oír un ruido monocorde, seco, que provenía del sótano o, quizás, del subsótano.

Toc... toc... toc...

¿Qué podía ser?

Siguió leyendo.

Pero, poco a poco, sus nervios comenzaron a traicionarle. Eran muchos los acontecimientos últimamente vividos y era lógico que cualquier cosa le pusiera nervioso. Tenía que averiguar de qué se trataba.

¿O sería mejor olvidarlo?

Toc... toc... toc...

Como pisadas lentas, acompasadas a un caminar vacilante, torpe...

De pronto cesaron.

Y John sonrió. Los malditos nervios... No había sido nada.

¿Nada?

Una sombra se recortó en el umbral del salón. Una figura que se desplazaba lentamente. Y un hedor insoportable se extendió por todo el salón, por toda la casa... Un hedor putrefacto que sólo podía exhalarlo una cosa: ¡un cadáver! Pero un cadáver que llevara sepultado... ¿más de dos años?

¿Sally? ¿El cadáver de Sally?

Aquel horror se acercaba a donde él estaba. Soltó el libro que estaba leyendo y se puso en pie, retrocediendo, mudo de asombro, notando que todos los vellos de su cuerpo se erizaban.

Cuando la luz de la lámpara dio de lleno en aquello, se fijó mejor. Y un terror indescriptible se apoderó de él. Porque las ropas que cubrían a aquel ser pestilente estaban podridas, hechas jirones, pero eran las ropas que llevaba Sally aquel día... Eran sólo huesos descarnados y pelos pegados a una calavera lo que avanzaban hacia

él, pero en aquella calavera, en aquellas cuencas vacías, en aquellos dientes sin labios que formaban una mueca risueña, John adivinó las facciones de Sally...

Tropezó con los muebles en su retroceso.

La cosa horrenda siguió avanzando hacia él.

Se quedó pegado contra la pared, sin poder retroceder más.

Y los restos de Sally, oliendo a muerte putrefacta, se acercaron a él. Una mano se alzó para acariciar su rostro. El contacto de la mano descarnada...

Era mucho más de lo que John podía soportar.

Su corazón pareció saltarle del pecho. Los latidos habían ido subiendo, subiendo, subiendo... Y estalló dentro de él. Notó la explosión de su corazón.

La cosa se desplazó ahora en sentido contrario.

En dirección al subsótano de la casa.

Toc... toc... toc...

Ese era su sitio.

El lugar que John Brown le había adjudicado.

Y donde hubiera permanecido para siempre si alguien, por equivocación, no la hubiera sacado de su sepultura.

¿USTED CREE EN FANTASMAS?

MILTENBERG...

Estoy seguro de que este nombre le recuerda algo.

V ese «algo» es una de las poblaciones más bonitas de Alemania.

Permítame que se lo explique bien, aunque sin duda ha estado usted allí.

Miltenberg tiene un encanto que me gustaría plasmar aquí. Para mí, sería un auténtico placer transmitir todas las emociones que el simple nombre de la ciudad evoca en mi ánimo.

Pero voy a intentarlo...

Miltenberg está junto al Maintz. Y posee el rancio sabor de otra época. Por Miltenberg pasó la guerra. Según dicen ellos mismos, los americanos nos liberaron. Pero las casas siguen en pie, los viejos rincones se conservan, un aire tradicional se desliza por las cuevas de las empinadas calles, por el castillo de ruinas, por los jardines umbríos...

Es la presencia de los siglos pretéritos.

Hay algo que es eterno, ahora tengo yo la absoluta certeza de ello, en la intemporalidad que se percibe allí.

Déjeme que le acompañe...

Subamos a la cumbre del Schlossberg.

Sí, sígame... Ya lo sé, el camino es un poco penoso por culpa del desnivel de la cuesta.

Estamos en otoño. Vamos pisando hojas marchitas, amarillentas, hojas por cuyos nervios ya no corre la savia vivificante. ¿Le gustan los árboles? Mírelos, contémpelos a gusto. El otoño les confiere una tonalidad maravillosa...

¿Que es una región húmeda?

Sí, claro que lo es. Nadie lo ha negado nunca. Pero, ¿qué significa un poco de humedad al lado de la belleza de cuanto nos rodea?

Ya estamos arriba...

Ahora, terreno llano hasta el mirador.

Fíjese en los peldaños que conducían antaño al torreón. Es un torreón tétrico, ¿no le parece? Jamás me preocupé de enterarme acerca de la personalidad de quién vivió aquí, ni de qué fue lo que

hizo.

Supongo que algún día buscaré al fantasma del señor del castillo y, juntos, en una noche de luna llena, de rayos azules, nos sentaremos a charlar encima de una losa o sobre alguna lápida... Me explicará sus aventuras amorosas, sus galanteos, porque en un torreón así sólo cabrían el amor y la pasión, cuando estaba en pie. Ahora debe ser el habitáculo de algún espíritu...

¿Que yo tengo cuerpo?

¿Qué puede ver perfectamente mi semblante rojizo, mi bigote recto y perfectamente recortado, mis ojos saltones con sus delgadísimas venas coloradas?

De acuerdo, usted me ve así, pero los demás no. Los que me conocían, los que estaban enterados de que mi nombre era Karl Batz, me ven de un modo distinto.

Sí, escúcheme con atención. Usted me ve así, pero es que lo que contempla no es el cuerpo de Karl Batz. Este cuerpo pertenece a Franz Müller, un individuo que pasó en Berlín toda su vida.

Müller quería recorrer su viejo barrio berlinés, donde hace un montón de años que no ha estado.

Müller falleció en abril de 1945, cuando los rusos luchaban y vencían en las calles de la capital. Murió en el barrio donde había vivido siempre, muy cerca de su casa, ya irreconocible porque las bombas y los obuses lo habían destruido todo.

Luego, cuando la ciudad fue dividida, Müller no regresó.

Me refiero a su fantasma, naturalmente.

Perdone si me confundo en ocasiones, pero es que estoy acostumbrado a charlar con espíritus y nosotros tenemos otro tiempo, otros conceptos distintos a los de ustedes, los que viven, los futuros fantasmas.

Müller oyó decir que Berlín está reconstruido ya, que hay problemas, pero que allí viven ya personas. Y ha querido darse una vuelta por el barrio. Por si alguien pudiera reconocerle, me pidió prestado mi cuerpo.

Se lo cedí, aceptando el suyo a cambio.

Sólo durante veinticuatro horas.

Así, él puede volver a pasear por su Berlín y yo he podido regresar a mi Miltenberg.

¿Por qué justamente hoy?

La explicación es muy sencilla. ¿No ha visto que la calle de Lutero era una larga fila de hombres y mujeres que se dirigían al cementerio?

Hoy es *Tontensonntag* y acuden a recordar a sus muertos.

E ignoran que hoy es, para nosotros, el día grande, el único en todo el año en que recuperamos nuestra propia materia o una forma

cualquiera que nos permita deambular por el mundo.

¿Que mi cuerpo está podrido?

No, aún no lo está... Mi muerte acaeció hace exactamente un año, un año justo, y aún hoy es un misterio que la policía no ha logrado descubrir. Mi cuerpo se está pudriendo. Los gusanos se alimentan todavía con los restos de mi carroña; me han crecido las uñas casi cinco centímetros y mi bigote se ha poblado y encanecido...

Me gustaría que lo viese.

Es un fenómeno curioso.

Siempre tuve el pelo negro, siempre lucía un bigote muy cuidado. Era un bigote de ala de mosca. Pues ha crecido, desordenado, salvaje, con el vigor de la muerte.

Mis ojos, los auténticos, que eran negros... ahora también lo son. Pero es porque no hay ojos, de ellos no queda nada, todo está devorado. Y a través de los agujeros de las cuencas se ve la oscuridad de mi cráneo, también carcomido.

La piel se apoya en los huesos, reseca, apergaminada en parte. Las costillas han quedado al descubierto como las cuadernas de un viejo barco desguazado...

No se ría, por favor.

Le estoy hablando en serio, muy en serio.

¿No cree en fantasmas? Bueno, sonría, ríase a carcajadas si le place, pero le aseguro que soy un fantasma y que mi muerte sigue constituyendo un problema para la policía.

Observe, ya estamos en el mirador. ¿Qué le parece?

—Maravilloso.

Claro, esperaba esa respuesta. El Maintz tiene aquí un encanto del que carece en el resto del recorrido. Permítame que le diga que creo que la gente es injusta con los ríos alemanes. Todo lo centran en el Rhin, en la belleza de sus castillos, de los viñedos de sus márgenes, de los pueblos y aldeas, donde se bebe el mejor vino de Alemania, donde se come y se canta. Sí, de acuerdo, es bonito. Pero tampoco se debe olvidar que existen lugares tan maravillosos como este.

El Maintz dibuja una curva señorial, elegante.

Parece que lo hubiera creado Picasso mediante un trazo de espátula cargada de azul.

Por cierto, estoy esperando con verdadera ansiedad poder charlar con Picasso. Ya sé que me costará un poco, que durante años, muchos años, se verá asediado por pintores, técnicos, curiosos... En el mundo de los fantasmas, las relaciones están rigurosamente organizadas. Hay más fantasmas que vivos...

No se ría, se lo agradeceré infinitamente.

La existencia de tantos espíritus crea una vida social bastante

complicada. Picasso, por ejemplo. Los pintores tienen preferencia. Luego los arquitectos. Después los críticos de arte. A continuación, todos cuantos, de una manera o de otra, estuvieron relacionados con su pintura. Y, por último, los demás.

Para que se haga una pequeña idea, le diré que tiempo atrás solicité conversar una noche con Richelieu. Pues bien, hasta dentro de cuarenta y dos años no podré convertir mi deseo en realidad. Todavía están hablando con él los políticos.

También quiero charlar con Petain, pero tendré que aguardar doce años.

Y con Colón, para lo cual habré de tener paciencia durante sesenta años. Por cierto, Colón no nació en Génova. Es italiano, pero nació en Roma. ¿Le sorprende?

Por favor, no se ría. Insisto en que estoy hablando completamente en serio.

He pedido turno para hablar con Fouché que es uno de los hombres... perdón, de los fantasmas más solicitados. Garibaldi, Nerón, Cervantes, Tolstoi... Muchos, muchos. Claro que para dialogar con Müller o un Dupont cualquiera no hay que esperar. Nosotros, los fantasmas, aún arrastramos la servidumbre de la tierra. Y los que nada fueron, nada son. Y viceversa...

Mire, amigo, me molesta su sonrisa irónica... Usted no se toma nada en serio. Por lo menos, lo que le estoy contando.

—Siga, siga, por favor... Me parece muy ingenioso.

Si sólo fuera ingenioso... Pero es auténtico. Bueno, volviendo al Maintz... Admire la transparencia de sus aguas, que más parecen de recóndita cala que de río industrial. Y el puente, ya lo sé, no tiene nada de extraordinario, pero su encanto es indudable.

Y, lo mejor de todo, los techos inclinados de las casas... Fíjese, allí hay un nido de cigüeñas. ¿Lo ve?

La gente ama a las cigüeñas. Y ama la vida placentera, apacible, sin hacer caso de los grupos de turistas que nos visitan. Hay quien lleva tan metido dentro esto de conocer lugares nuevos que cuando se convierte en fantasma no hace otra cosa que ir de un lado para otro.

¡Por favor, no se sonría...!

—Perdone.

Mire aquella casa... ¿Qué le parece? Sí, es bonita... Allí nací yo, allí viví durante casi toda mi vida. Y allí monté mi negocio: «Gasthof Zum Gespenst». Sí, el «Hotel del Fantasma». La gente cree que la casa está embrujada. Dicen que hay fantasmas. Y le aseguro que el único que ha pasado por allí es el mío... Bueno, y el de mi hermano Johann.

Johann y yo seguimos rumbos distintos... hasta que hace unos años me reuní con él, ya convertido en espíritu.

Johann tuvo muchos oficios. Se fue de casa cuando contaba diecisiete años. Trabajó en un circo, pero no en calidad de artista, sino como mozo de cuerdas. Llegó a limpiar los elefantes del circo «Krone», cosa a la que él concedía mucha importancia. Su vida fue muy azarosa, pero acabó ganando mucho dinero.

Y eso fue lo que le perdió... o lo que le transformó en fantasma.

Pero se lo referiré por partes y siguiendo el hilo.

Yo heredé la casa de mis padres. El viejo, que falleció cinco años después que mi madre, desheredó a Johann. No quería oír hablar de él.

Cuando el viejo faltó, convertí la casa en hotel. Y aprovechando la leyenda, le puse el nombre que ya le dije: «Hotel del Fantasma».

Creí que la cosa tendría gancho, en especial con los turistas, pero me equivoqué. Miltenberg es población para un solo día de estancia. Quiero decir que llegan por la mañana, se pasean, almuerzan y se largan. Los que tienen más dinero, van al restaurante donde afirman que comió Lutero. Por cierto, mañana pediré turno para hablar con él y le preguntaré si es verdad que comió aquí. De todas formas, se come bien.

En resumen, que a mi hotel no acudía nadie.

Entonces se me ocurrió una idea que me pareció grande y luminosa.

Dado que mi establecimiento era el «Hotel del Fantasma», por la noche me dedicaría a producir ruidos raros, arrastrar cadenas y otras cosas... Crearía un ambiente tenebroso. Y puse en práctica tal idea. Luces indirectas, rojas, azules, cambiantes... Alaridos durante la noche, puertas que chirriaban. Un ataúd en recepción...

Todo fue en vano.

Me empeñé, perdí hasta el último marco...

¿Qué? ¿Que si tenía clientes? Pues no, la verdad...

A los dos años, las deudas me agobiaban. Me ponían boca abajo y de mis bolsillos no caían ni diez *pfennings*.

Para complicar las cosas más, tuve la desgracia de que falleciese en mi hotel uno de mis huéspedes. Fallo cardíaco.

Aquello fue la puntilla.

Me di cuenta de que la única solución era mi hermano y recurrí a él. Por entonces actuaba de verdugo. Estaba en Frankfurt, donde debía ajusticiar a un sádico que había asesinado a dos mujeres.

Le invité a que pasara unos días en el hotel y aceptó... Fue hace dos años. El día de Difuntos lo pasó en mi casa.

Después de cenar, a solas en el comedor del hotel, le planteé la cuestión.

Me preguntó:

—¿Quieres dinero?

Adoptó para decirlo el aire del hombre que dispone de una saneada cuenta corriente y está dispuesto a hacer un favor.

Repuse:

—Sí, con veinte mil marcos...

No me dejó terminar. Su negativa fue rotunda.

—¡No!

Me lo esperaba todo, menos aquello. Le miré atónito, como si no le hubiese entendido.

—Pero si sólo se trata de veinte mil marcos.

Me contempló con cara de furia.

—He dicho que no. ¿Sabes a cuántos hombres tengo que matar para conseguir esa suma?

—No, no lo sé. Pero sé que has ahorrado mucho dinero y...

—Mi profesión es verdugo y pago impuestos por ella.

—Pero... pero... soy tu hermano, se trata de un favor... Te los devolveré... Eres soltero, como yo... Nadie te reprochará que me prestes veinte mil marcos.

—Cambia de tema.

Se sirvió un vaso de vino y me observó con ojos burlones y mientras bebía. Pensé que todo era una broma.

—Johann, veinte mil marcos y paró el golpe... Ya conseguiré el resto.

Dejó el vaso vacío encima de la mesa. Y al tiempo que se lo llenaba de nuevo, prosiguió:

—No lo conseguirás. Esto está muerto, tan muerto como los tipos que siguen mi tratamiento de belleza...

Sin duda, le gustó el chiste y soltó carcajada para celebrarlo.

—Dije:

—Lograré sacar adelante el negocio.

A la once, Johann se levantó de la mesa.

—Hasta mañana, gran hombre...

Su lengua estaba estropajosa a consecuencia del vino.

—¡Revienta y heredaré!

—¡Ja, ja, ja...! ¡Siempre tan ingenioso...

Le vi dirigirse hacia la escalera tambaleándose. Me quedé en el comedor contemplando el poco vino que había dejado en la botella... Una idea empezó revolotear por mi cabeza. Johann era soltero. Tal como dije, si algo le pasaba, yo le heredaría... Sentí un escalofrío cuando pensé por primera vez en matarle.

Sentí la necesidad de acabarme aquel vino y bajar a la bodega en busca de otra botella. En el vino encontraría la fortaleza que

precisaba.

Sí, sí, no se burle...

¡He dicho que basta ya de sonreír! ¡Yo le maté, sí! Pero soy un fantasma, he muerto para los hombres y no me importa que se sepa la verdad. Si no me cree, vaya a mi casa, pregunte a los vecinos, pregunte a la policía... Todos le dirán que, en mi hotel, los fantasmas causaron dos víctimas... ¡Y basta de sonreír! ¡Soy un fantasma, estúpido!

Oh, perdone... Sí, me he puesto un poco nervioso. Es que me molesta ver que la gente se ríe de nosotros... Hablan de los fantasmas como si fuese algo de lo que están obligados a burlarse.

Si el Alto Consejo nos autorizase, muchos nos dedicaríamos a demostrar a los vivos que los fantasmas existen...

Sí, sí, ya sigo... Celebro que el relato le interese.

Subí a la habitación de mi hermano y entré. Estaba vencido por el vino y roncaba estruendosamente.

Permanecí unos segundos junto a la cama. Incluso es posible que estuviese allí, inmóvil, durante un par de minutos. Después, mis dedos se cerraron en torno a su garganta...

Murió sin proferir un solo gemido. Su cabeza se inclinó a un lado y quedó con la boca abierta, fuera la lengua, los ojos cubiertos por las lágrimas y enrojecido el semblante.

Arrojé su cadáver al Maintz.

¿Verdad que, visto desde aquí, parece imposible que alguien pueda ahogarse en ese río?

Johann falleció a las doce en punto de la noche.

Y su cadáver fue hallado ocho días más tarde, tras una pesada búsqueda.

Al cabo de un mes, su fortuna pasó íntegra a mis manos... Salvo los impuestos, claro.

Liquidé mis deudas, cambié la decoración del hotel, firmé un contrato con una empresa turística belga y eso me permitió sesenta días anuales de hotel completo. Lo suficiente como para cubrir gastos y sacar beneficios de los demás clientes.

¿Me cree si le confieso que no sentí el más leve remordimiento?

Pues, así fue.

El único día intranquilo lo tuve exactamente al año. El día de Difuntos.

Pasé la jornada inquieto, preocupado, nervioso... Lo cierto es que, desde varios días antes, no dejaba de oír unos ruidos extraños en el desván. Como si alguien anduviera por allá arriba. Subí a investigar y no observé nada raro. Dejé dispuestas unas trampas para ratones y esparcí veneno... Tres días después, el veneno había desaparecido

misteriosamente.

El día de Difuntos, al año justo del asesinato de mi hermano, se abrió la puerta de mi cuarto. Yo estaba leyendo. Mejor dicho, tenía un libro en las manos, pero no lograba enterarme de lo que veían mis ojos. Las letras eran una simple sucesión de manchas negras sobre el blanco papel.

Cuando la puerta de mi habitación comenzó a abrirse, me entró un temblor enorme. Estoy convencido de que en el subconsciente esperaba lo que iba a suceder. Tarde o temprano tenía que pasar... Lo aguardaba, pero no por ello me fue posible reprimir el miedo, el pánico... Ni siquiera pude gritar. Sólo fui capaz de abrir la boca. El aullido de terror que alentaba en mi cuerpo no logró liberarse de las garras del miedo.

Mis ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas.

Y lloré, empecé a llorar al ver aquello...

Tenía una vaga forma humana, aunque comprendí al instante que era mi hermano. O el fantasma de mi hermano. Regresaba para vengarse.

¡No! ¡No! ¡No! Quise gritar. Pero no lo conseguí.

Se me acercó... Era horrible, ¡horrible!

Llevaba su cuerpo... Le pude reconocer, pese al avanzado estado de putrefacción en que se encontraba. La carne de su rostro caía a jirones, enseñando en los pómulos las tonalidades amarillentas del hueso. Sus labios habían desaparecido como consecuencia de la descomposición, poniendo al descubierto las encías y los dientes. Algunos de éstos aún se mantenían sujetos, pero otros pendían medio sueltos y se agitaban suavemente al compás de sus pasos.

Adelantó las manos hacia mí; carne y huesos formaban unas extremidades monstruosas, indescritibles, a la vista los huesos de las puntas, trozos de carne de tonalidad marrón en el resto... Bajo la piel, las reseca venas resaltaban de un modo extraño...

Jirones de ropa cubrían su cuerpo, o lo que quedaba de él. Los pantalones, desgarrada la parte inferior de las perneras, dejaban al descubierto las tibias, delgadísimas, tan delgadas que parecía imposible que pudieran sostenerle...

Pero él avanzó... Y siguió avanzando hasta llegar frente a mí.

Miré el oscuro vacío de sus cuencas...

Sí, ya sé que el relato le resulta desagradable, pero es la verdad. Claro, nosotros los fantasmas estamos acostumbrados a ver pingajos humanos y por eso no nos inmutamos.

Johann, o sus restos físicos, adelantó las manos.

Sus dedos se cerraron en torno a mi garganta.

Sentí la frialdad de sus huesos sobre mi carne caliente.

Y apretó, apretó, apretó... con todas sus fuerzas.

La vida se escapó de mi cuerpo... me convertí en fantasma.

Sus primeras palabras fueron:

—Bien venido a mi mundo, Karl.

Le contesté:

—Hola, Johann.

Los fantasmas no nos odiamos. Ni nos amamos. No podemos guardar rencor. Nada. No somos casi nada.

Johann puso su huesuda mano sobre mi hombro fantasmal. Juntos nos dirigimos a la puerta. El la cerró por dentro. Después hizo lo mismo con la ventana.

—¿Vamos, Karl?

—¿Por dónde salimos, Johann?

—Ah, sí, claro, aún no te has dado cuenta... Pero te acostumbrará... Seguro que te acostumbrarás, Karl.

Y al tiempo que pronunciaba tales palabras, me empujó hacia la pared. Me fundí con ella durante unos segundos, la atravesé... y me encontré flotando en el espacio junto a mi hermano... Flotando...

Al día siguiente descubrieron mi cadáver, después de forzar la puerta. Aún hoy, y de esto que le cuento ha transcurrido un año, nadie se explica cómo pudo el asesino escapar de mi habitación.

Si la policía creyese en espíritus...

Le he pedido que no se ría, que no se burle... ¡Basta ya! ¡Cierre la boca!

—Es que... no creo... en fantasmas... ¡Ja, ja, ja...!

¡Cállese!

¡No se burle!

¡Cállese de una maldita vez!

—¡Ja, ja, ja,...! ¿Cómo quiere que le crea... si todo lo que me ha contado... es pura fantasía? ¡Ja, ja, ja...! Muy truculenta, cierto, pero tan falsa... tan falsa como imaginativa... ¡Ja, ja, ja...!

¡Basta! Le he contado la verdad... ¿Por qué no ha de creerme?

—Porque... porque su hermano Johann, suponiendo que exista tal hermano, no puede ser verdugo. En Alemania, la pena de muerte fue abolida... No se ejecuta a nadie desde que en Nüremberg se liquidaron las responsabilidades de la guerra...

¡Basta ya!

—Bonita historia... Pero ha cometido un error.

¡Yo no... yo...! Mi hermano fue verdugo... Acaso mi error consista en el factor tiempo, tal vez haya perdido puntos de referencia y, como en mi mundo actual el tiempo tiene otra dimensión, me haya equivocado al calcularlo. Quizá lo que le he contado ocurrió hace

años, muchos años...

—Dice que hace dos años le mató... que Johann le mató a usted hace un año... y que ahora es usted un espíritu... ¡Ja, ja, ja...! Venga, vayamos a tomar una copa, le invito... La historia...

¡Cállese!

Oiga, ¿de verdad no cree en fantasmas?

—No.

Bueno, pues le haré una demostración convincente. Ya le dije que no sentimos rencor, que no odiamos ni apreciamos... Pero nos quedan algunos sentimientos, como el de la justicia, por ejemplo... o el del temor al ridículo...

¿Qué me dice ahora, mientras le agarro la garganta y aprieto con ganas? Intenta gritar, pero no puede, ¿eh? Se revuelve, forcejea, se contorsiona, trata de resistirse, lucha, brega... Su rostro ha enrojecido...

Al fin ha fallecido. De su cuerpo, sin vida ya, surge el fantasma... Su fantasma...

Ahora me sonrío, ¿eh?

¿Cree ya en fantasmas?

—Sí.

Permítame que apoye la mano encima de su hombro.

Abandonemos el mirador y vayamos a recorrer las calles de Miltenberg.

Le enseñaré la población, ya verá cómo le gusta.

Es muy bonita.

EL DIOS DE LA SELVA

MICHAEL Sullivan había convocado una reunión de todos los jefes de ventas, directores y administradores. La gran compañía pasaba por una aguda crisis y era obligado tomar drásticas decisiones.

Más de treinta personas ocupaban ya la sala cuando Michael Sullivan entró y, sin hacer caso de los fervorosos saludos, caminó hacia su sillón.

Depositó sobre la mesa la carpeta que llevaba en la mano, tomó asiento e hizo un ademán a su secretaria, la cual acercó una silla en la que se sentó, preparando acto seguido papel y bolígrafo.

Sullivan miró a todos, uno a uno, sin decir nada, como comprobando que ya estaban allí todas las personas que a él le interesaba.

Le miraban silenciosos, algo preocupados.

Michael Sullivan ya no era el mismo. Algo había sucedido durante aquel safari en África, de donde volvió convertido en un hombre distinto. Como si un diablo le hubiese suplantado, colocándole bajo su piel.

Sullivan sabía que su personal pensaba esto.

Sullivan sabía que su carácter se estaba agriando o pudriendo, pero no podía evitarlo.

Dijo:

—Bien, podemos empezar.

Todos se dispusieron a escucharle y en la sala se hizo un silencio absoluto.

De pronto, gimio la gran puerta de vidrio al abrirse. Sullivan miró distraídamente hacia allí y creyó ver a través del grisáceo cristal una sombra intensamente negra, de felinos movimientos.

Cerró los ojos y volvió a abrirlos despacio, convencido de que se trataba nuevamente de una de-aquellas horribles pesadillas.

La puerta seguía entreabierta, pero nadie había entrado. Nada se dibujaba detrás del vidrio.

—Bien... podemos... empezar.

Lanzó otra mirada hacia la puerta.

Todos los presentes estaban pendientes de él.

—¡Cierren esa maldita puerta!

Su secretaria se levantó y caminó hacia allí. Los tacones de sus zapatos retumbaron en el piso y en el edificio entero como tambores africanos.

Gimió la puerta al ser cerrada.

Y de nuevo el tam-tam se expandió por las salas del gran edificio.

La secretaria tomó asiento cerca de Michael Sullivan, director general de la compañía, y de nuevo cogió el bolígrafo y el bloc, dispuesta a anotar cuanto dijese su jefe.

Sullivan encendió un cigarrillo para disimular su nerviosismo. Todos seguían pendientes de él, pero no para escuchar sus órdenes, sino intentando adivinar qué le sucedía, intentando descubrir su terrible secreto.

La mesa estaba cubierta por un grueso cristal donde se reflejaban todos los rostros.

Sullivan podía mirarlos sin tener que alzar los ojos y enfrentarse a ellos.

Tuvo que carraspear para aclarar la voz.

—La situación es delicada. Muy delicada. Creo que lo mejor será que el señor Dawson la exponga con toda claridad.

Dawson se puso en pie.

Los ojos de Sullivan fueron hacia la puerta, donde creía haber visto por el rabillo del ojo una sombra negra que se movía silenciosa y lentamente.

No había nada.

La puerta estaba cerrada.

Sullivan sudaba copiosamente, pese a no hacer excesivo calor y pese a la sauna de la mañana. La brisa que entraba por la ventana le calmó un poco.

Dawson estaba hablando, decía algo que no entendía. Su secretaria, sin embargo, estaba tomando nota. Más tarde podría saber lo que Dawson había dicho.

Se desabrochó el cuello de la camisa. Aquella brisa no era suficiente.

Miró hacia la ventana. Aquel despacho estaba en el piso número doce, no era posible que nadie pudiese entrar por la ventana.

Volvió a mirar a Dawson algo más tranquilo.

Pero de pronto escuchó un sonido indefinible; un ruido en el vidrio como producido por unas uñas al raspar en él.

Sintió frío en la piel... un cosquilleo helado.

Nadie parecía haber escuchado el ruido...

Nuevamente se produjo el sonido.

Esta vez Lena, su secretaria, miró hacia la ventana. Sullivan esperó impacientemente a que ella delatase lo que estaba viendo, pero Lena regresó a sus notas sin haberse alterado.

Sullivan aprovechó una pausa del orador para preguntar a la muchacha:

—¿Lo ha oído?

—¿El qué?

—Un ruido de uñas en el vidrio.

—Pues... me ha parecido oír algo, pero creo que ha sido el plomo de los visillos.

—Hum... quizá sí.

Dawson siguió hablando.

Sullivan continuaba sin poder entenderle. Aquel frío a flor de piel que le erizaba los vellos le impedía concentrar su atención en algo concreto que no fuese su pánico.

Y nuevamente las uñas rasparon el vidrio. Fue un chirrido angustioso que no alteró a su secretaria ni a nadie de los presentes. La ventana se abrió totalmente de súbito y una garra negra, de afiladas uñas, apareció.

Todos los presentes miraban hacia la ventana.

Sullivan supo que al fin su asesino había aparecido.

Tras la garra asomó la cabeza negra de un leopardo. Las garras se asieron poderosamente en el antepecho de la ventana, se aferraron con fuerza para resistir el impulso, y apareció totalmente el cuerpo de la fiera.

Sullivan se incorporó rápidamente volcando el sillón en donde había permanecido sentado.

Ahora todos le miraban a él.

Retrocedió hacia la puerta sin apartar los ojos de la mancha negra que seguía afianzada en el alféizar de la ventana y en la que se destacaban unos ojos luminosos, resplandecientes, llenos de maldad.

El leopardo tiró hacia abajo su mandíbula inferior desnudando unos enormes colmillos afilados, brillantes de baba por entre los que una lengua sanguinolenta se encogía paulatinamente, haciendo más grande la cavidad de aquella boca terrible.

Saltó de la ventana sobre la mesa en un salto suave, muy felino; encogió el cuerpo allí, disponiéndose a saltar por entre las cabezas de dos jefes de compras que permanecían quietos, petrificados.

Sullivan apoyó con tiento la mano en el pomo de la puerta, dispuesto a hacerlo girar, tirar de él y huir por los pasillos.

El leopardo adivinó su intención, emitió un gruñido de protesta y con un elegante y ágil movimiento se volvió hacia la ventana, saltando limpiamente hacia ella y desapareciendo.

Sullivan quedó paralizado con la mano en el pomo, pálido como un cadáver, con el corazón escondido cobardemente entre las costillas que lo envolvían; con las piernas temblorosas que le flaqueaban terriblemente.

Su secretaria exclamó:

—Señor Sullivan...

Dawson acudió a su lado.

—¿Se encuentra usted mal?

Sullivan preguntó:

—¿Lo han visto?

Dawson y la secretaria se miraron sin comprender.

—¿Acaso no han visto nada?

—No.

—No.

Sullivan se pasó la temblorosa mano por lo cabellos.

—Que salgan todos.

—Pero...

—¡Todo el mundo fuera!

Le temían. Por eso no aguardaron a que repitiera la orden. Con cierta precipitación empezaron a recoger sus cosas desparramadas por la mesa.

—Dawson, usted quédese. Y usted también, Lena.

Se retiraron todos los demás en silencio, comentando algo con la mirada, algo que estaba en el ánimo de todos y que tenía que ver con la salud mental de Michael Sullivan, director general de la compañía.

La bonita muchacha, secretaria de Sullivan desde hacía cuatro años, se quedó en un rincón con su bloc de notas, su bolígrafo y su extrañeza.

Cuando la puerta se cerró, Sullivan miró primero a la chica y después a Dawson.

—Bien, ¿juran no haber visto nada?

Dawson dijo:

—No sé de qué habla, señor Sullivan.

Este avanzó lentamente hacia él.

—Usted estaba ahí, de espaldas a la ventana. Se ha vuelto hacia ella. ¿Por qué lo ha hecho?

—He oído que se abría, y como usted y los otros miraban hacia allí...

—¿Sólo por eso?

—¿Por qué otra cosa iba a ser?

Sullivan se volvió hacia su secretaria.

—¿Y usted, Lena?

—No he visto nada, señor Sullivan.

—¿Ni ha oído nada?

—¿Cómo qué?

Sullivan empezaba a desesperarse. No podía creer que había sido una pesadilla. Y no podía creerlo porque existía un hecho que indicaba que era real.

Dawson se atrevió a hacer una pregunta semejante a la de Lena.

—¿Qué podía ser?

Sullivan señaló con un dedo tembloroso los papeles de Dawson desparramados sobre la mesa.

—Eso.

Dawson miró y no vio nada. Sullivan hizo un ademán a Lena indicando que! se acercara a mirar.

—¿El qué, señor?

—¿Qué ve en el vidrio?

—Nada.

—Busque un ángulo en que la luz le permita ver las manchas de la superficie del cristal.

Lena se inclinó, miró y se volvió hacia Sullivan.

—Parece...

—¿Qué parece, Lena?

—Pues... la garra de una fiera.

Dawson repitió la misma operación que la secretaria.

Cuando se incorporó, su rostro mostraba profunda extrañeza.

—Supongo que se deberá a la casualidad.

—No conozco a ninguna fiera con ese nombre. ¡Es la huella de un leopardo!

Lena y Dawson se miraron algo extrañados.

Sullivan señalaba con el brazo tendido hacia la ventana.

—¡Ha entrado por allá y ustedes se han vuelto al oírlo! ¡Y lo han visto!

—No, señor.

—¡Lo han visto, porque ha saltado sobre la mesa!

—Señor Sullivan...

—Hasta la mesa ha temblado al recibir su peso. Ustedes se han quedado quietos, aterrorizados. ¡Mienten!

Ni Dawson ni Lena se atrevieron a decir nada más. Sullivan acabó por pasarse las manos desesperadamente por los cabellos y se dejó caer en una butaca.

Gimió:

—Está bien. Pueden irse.

Dawson no se hizo repetir la orden. Recogió su carpeta y sus notas y salió apresuradamente.

Lena se quedó junto a su jefe, sin producir ruido alguno, sin pronunciar palabra.

Sullivan acusó la sorpresa al verla cuando después de mucho tiempo alzó la cabeza.

—Está cansado, señor Sullivan. ¿Por qué no se retira?

A Michael Sullivan no le quedaban fuerzas para rebelarse y contestar con un impropio. Quizá por ello Lena se atrevió a insistir.

—Hace unos días que se muestra cansado. Creo que desde que llegó de África no se siente muy bien, parece agotado psíquicamente... enfermo tal vez.

Sullivan movió la mano para que callara, pero no le dijo nada.

Al fin y al cabo, Lena tenía razón.

Desde aquella maldita noche en África, se sentía mal. Muy mal.

—Me voy a casa. Excúseme con todos.

—Sí, señor.

* * *

Michael Sullivan ya estaba en la cama cuando Sara, su mujer, empezó a desnudarse. Había apagado la luz central del dormitorio y se valía únicamente de la lámpara de la mesita de noche.

—¿Te sientes mejor?

Michael no contestó. Tenía los ojos clavados en la ventana, en donde momentos antes creía haber descubierto un movimiento.

Ella dijo:

—¿Te importa que abra un poco la ventana?

Michael no contestó. Seguía con los ojos clavados en el vidrio, sobre el que se pegaba la noche como una ventosa negra y misteriosa.

Sabía que aquello eran pesadillas sin fundamento. No podía ser que el maldito leopardo negro se pasease por la populosa ciudad como un gato cualquiera, que trepase a ventanas situadas a más de treinta metros del suelo, que penetrara en la sala de juntas sin que nadie advirtiese su presencia.

Tenía que ser forzosamente una pesadilla. Una manía que se le había metido en el cerebro después de aquel suceso.

Aquel suceso en África...

Sara insistió:

—¿Te importa?

—¿Qué?

—Que abra un poco la ventana.

—No... no. Ya puedes abrir.

Ella abrió y regresó junto al lecho, se despojó de las zapatillas y se introdujo entre las sábanas.

La ventana se abrió de pronto de par en par, en el mismo momento en que Sara se disponía a apagar la luz de la lamparita.

En el hueco abierto a la noche apareció la cabeza negra del leopardo. Sus ojos brillaban más que nunca, su lengua parecía un coágulo de sangre, sus dientes brillaban como cuchillos.

Sara apagó la luz.

Michael tuvo tiempo de ver cómo la fiera se arrojaba desde el antepecho de la ventana a su lecho. Lanzó un alarido terrible e, imposibilitado para huir, se cubrió con la sábana hasta la cabeza.

Recibió en el cuerpo el impacto de la caída del leopardo.

Lo notó perfectamente.

Incluso percibió que su piel se desgarraba, suavemente abierta por el roce de una de las afiladas uñas.

Se acurrucó, convertido en un ovillo, mientras gritaba desesperado.

El leopardo lo zarandeaba.

—Michael... ¡Michael!

Eran las manos de Sara que le tocaban y su voz la que le llamaba.

Emergió de entre las sábanas. La luz estaba encendida. Estaban solos en la habitación. Pero la ventana estaba abierta.

—¿Qué te sucede, Michael?

—No sé... yo...

—¡Tienes sangre en el brazo!

Y Michael sintió una alegría inmensa.

Y un pánico también inmenso.

¡Era real!

En el brazo derecho tenía un arañazo no muy profundo que le llegaba desde el codo hasta la muñeca. Manaba sangre y las sábanas se habían manchado.

—¿Cómo te los has hecho?

Michael sabía que el leopardo negro había estado allí... Y sin embargo, Sara no lo había visto. El susto que acusaba se debía al grito de él y a la herida.

—No sé, Sara... No sé cómo me lo he hecho.

—Pero...

—¿Tú no has visto nada?

—No... ¿Qué iba a ver?

—Algo en la ventana.

—No.

—Sin embargo, está abierta de par en par. Tú la dejaste entornada.

—Habrá sido el viento.

Siempre igual. El viento. La casualidad...

Sara se había levantado y acudía con varias cosas del botiquín.

Cuando le limpiaba la herida con agua oxigenada, preguntó:

—¿Quieres que llame al médico?

—No. No es necesario. Es una herida superficial.

Le vendó la parte herida para evitar que siguiera sangrando y preservarla. Cuando hubo concluido se quedó sentada en su cama, contemplando el pálido rostro de su marido.

—Michael...

—¿Qué?

—Hace unos días que te encuentro extraño. Yo no sé si es malhumor, si es agotamiento o que en el fondo estás enojado conmigo por algo que ignoro. ¿No puedes decirme de qué se trata?

Era muy afectuosa la voz de Sara y Michael se sintió algo reconfortado.

—No sé qué me sucede... No llego a explicármelo. Tal vez sea agotamiento.

—¿Y no sería mejor que fueses a ver al doctor? Siempre ha acertado plenamente tus pequeñas dolencias y las ha combatido a la perfección. En dos días puede hacerte recuperar tu salud.

—No es cosa del doctor, Sara.

—¿No?

—No. Es cosa del psiquiatra.

Sara se alteró, pero no hizo comentario angustioso alguno. Se esforzó por llevar la conversación por derroteros normales.

—¿Crees que el trabajo te ha alterado los nervios?

—No.

Michael no quería decirlo, pero cuando se escuchó su propia voz hablando, descubrió que estaba contando su secreto a su esposa.

—Temo que sea manía persecutoria... ¡Y ojalá lo sea! Hace días que un leopardo negro me persigue a dondequiera que voy. Me lo encuentro en la calle, en la oficina, en casa, en todas partes...

—¿Como ahora?

—Sí. Como ahora.

Y se tocó el brazo.

* * *

El doctor Norton tomó asiento ante su amplia mesa de despacho

repleta de papeles, carpetas, impresos, cartas, propaganda por correo y mil cosas más. Dejó la carpeta sobre ella y estudió un instante su contenido bajo la impaciente mirada de su cliente.

—El electroencefalograma ha resultado negativo. El trazado es de reposo, con caracteres en consonancia con su personalidad. No se observan focos persistentes ni asimetrías o predominios. Mi impresión es que el trazado está dentro de los límites de la normalidad. Por el momento, no permite suponer ningún peligro.

Michael le miraba ansioso.

—Entonces...

El psiquiatra dejó sobre los papeles sus gruesos lentes y miró a su paciente con simpatía.

—Puede existir algo. Y es lo que debemos descubrir entre usted y yo. Tenga la bondad de acompañarme a la sala contigua.

Poco después, Michael Sullivan yacía algo inquieto junto al doctor que iba a intentar desentrañar el gran misterio.

—Háblame de esas apariciones.

—Ya le he contado las tres.

—Repítamelas.

—La primera fue en plena calle, cuando me dirigía hacia mi coche. El leopardo apareció entre la gente y se detuvo ante mí, mirándome fijamente con sus ojos color esmeralda. Abrió las fauces y me mostró sus temibles colmillos. Pero no saltó sobre mí. Había mucha gente.

—¿Nadie lo vio?

—Al leopardo, no. A mí sí. Recuerdo que una anciana vino a preguntarme amablemente si me encontraba mal.

—¿Huellas del leopardo?

—En esta ocasión, no. Pero a la vez siguiente, sí. Sobre el vidrio, Dawson y Lena vieron la huella de su garra. ¡Y no era casualidad!

—La huella podía pertenecer a la mano de Dawson.

—Era pequeña, como la de un leopardo.

—Podía ser el puño cerrado.

—¿Y los arañazos en el alféizar? Todavía están en la madera.

—Hubiesen podido ser producidos por cualquier causa con anterioridad.

—¿Y mi herida del brazo? ¿Y las ventanas abiertas en las dos ocasiones?

—Quizá, al ver usted las ventanas abiertas, ha relacionado el hecho con la fantasía. En cuanto a la herida, pudo producírsela en su desesperación con el somier de la cama o con algún saliente cortante.

—Doctor...

—No intento rebatirle sus ideas ni sus creencias. De momento quiero infundirle ánimos, porque está sometido al terrible peso del pánico. Crea, de momento, que el leopardo negro sólo existe en su cerebro. Después, con su colaboración, yo me encargaré de localizarlo y juntos lo cazaremos y lo reduciremos a la impotencia.

Michael se relajó al escuchar al psiquiatra.

Este dijo:

—De momento será lo mejor hallar la raíz... el motivo de esta persecución a la que está sometido. ¿Puede darme alguna pista? Después volveremos a hablar de las apariciones.

—Sí puedo darle una pista, doctor... La explicación absoluta de este hecho.

—De manera que la conoce.

—Sí, doctor. No se la he contado a nadie, pero confío en la discreción profesional.

—Naturalmente.

Michael Sullivan se acomodó mejor, cerró los ojos y empezó a hablar.

Lo hizo exponiendo al principio las ideas atropelladamente, pero, poco a poco, consiguió dominar el pensamiento y fue desgranando la terrible historia que le había llevado a aquella locura.

Una historia verdaderamente insólita.

* * *

Era un magnífico ejemplar; un animal nunca visto. Enteramente negro, algo mayor que los otros leopardos aunque menor que un león; en cada uno de sus movimientos cautos, sigilosos, bellos, delataba sus músculos finos y potentes.

Rondaba el campamento.

Yo al principio sentí pánico al verlo; también una gran ilusión me invadió al pensar que podía hacerlo mío.

Cazarlo sería mi orgullo.

Estaba seguro de que jamás nadie había poseído un trofeo como aquél.

Cuando salí de mi tienda de campaña advertí que los indígenas le arrojaban comida sin temerle, acercándose a él muy tranquilos.

El enorme gato rechazaba aquella comida, aunque me hizo suponer que otras veces la había aceptado. De pronto, agachó las orejas y encogió el cuerpo. Los negros se retiraron y guardaron silencio.

Un silencio que invadió todo el campamento.

El leopardo había olfateado una presa y se disponía a atacar.

Yo armé mi rifle, dispuesto a cazarlo. De pronto, varios negros me rodearon para impedir mi acción y yo les miré sin comprender.

Era aquél un poblado indígena situado prácticamente dentro de un parque africano en el que la caza estaba prohibida, aunque sus habitantes vivían de ella sin atender a las modernas leyes, siguiendo el ancestral ritual de sus vidas.

Tenían jefe y hechicero.

Los dos me advirtieron que no debía dar muerte al leopardo negro. Me recordaron las leyes existentes, pero a la vez me aseguraron que el leopardo era amigo de la tribu, que se ayudaban mutuamente y que se defendían contra los enemigos de uno y de otros.

A mí aquella historia me asombró y me desengañó. Pero creo que ya desde el principio había tomado mi decisión. ¡Tenía que ser mío!

Cuando volví a verlo llevaba un animal en la boca, no mayor que un conejo. No pude distinguirlo a causa de la sangre que lo envolvía. Apenas tardó un minuto en devorarlo. Pero se sintió satisfecho y se alejó tranquilo por entre el ramaje.

Inquirí ansiosamente:

—¿Volverá?

Un joven cazador negro al que llamaban Knambo me respondió:

—Por hoy, quizás no. Cuando el sol cae con tanta fuerza, sestea en las copas frondosas de los árboles o en las rocas del arroyo.

Una muchacha negra, desnuda hasta la cintura, vino a raptar a Knambo y se lo llevó al interior de una choza.

Poco después supe que aquel joven negro era el hijo del hechicero y el mejor cazador de la tribu y quizá el heredero del trono por no sé qué parentesco, motivos y decisiones.

Fui a dejar mi rifle a la tienda de campaña.

No expliqué mis pensamientos a mis compañeros de safari e intenté hablar de otras cosas. Pero cuando me recordaron que a la madrugada del día siguiente abandonaríamos el poblado indígena, una extraña desazón me invadió.

Salí al ancho patio, donde el hechicero procedía en aquellos momentos a un extraño rito de magia negra, rodeado por la mayoría de los habitantes del campamento.

Descubrí a Knambo y me acerqué a él.

—He quedado subyugado por aquél animal.

Knambo me miró con sus enormes ojos limpios y nobles.

—No es un animal.

—Bueno... quiero decir, por el leopardo negro. ¡Es bellísimo!

—Es un espíritu.

Lo dijo sin mucho énfasis, como la cosa más natural del mundo.

Comprendí que sería imposible cazarlo. No porque fuese un

espíritu, sino porque toda la tribu se arrojaría sobre mí.

—¿Puedo fotografiarlo?

No me entendió. Tuve que mostrarle varias fotografías para que comprendiese que se trataba de dejarlo impreso en el papel.

—Pero, ¿el leopardo seguirá en la selva?

—Claro, Knambo. Para ponerlo en el papel no hace falta matarlo.

Se entusiasmó por varias de las fotografías, casi todas de elefantes. Y yo se las ofrecí a cambio de un favor. Que me acompañara hasta la madriguera o el medio natural del leopardo y me dejara impresionar todo un rollo de película.

No desaprobó mi idea y aceptó.

Embargado por una intensa emoción corrí hacia mi tienda y recogí apresuradamente la cámara y el rifle.

Cuando salí, Knambo ya estaba dispuesto para partir.

—¿Por qué llevas el rifle?

—No me atrevo a caminar por la selva sin él.

—Con Numa no hay peligro.

—¿Numa?

—El leopardo negro. Es nuestro defensor. No tenemos enemigos.

Después supe que Numa, en el dialecto de aquella tribu, significaba «dios-leopardo».

Durante el camino, Knambo me habló del leopardo. Me contó que en cierta ocasión Numa y un león se disputaron una presa. Normalmente, cuando un leopardo ha conseguido una pieza, si se le presenta un león de improviso, debe dar su festín por perdido si no quiere ser devorado también por el león.

Numa venció al león en aquella ocasión.

Su melena la usaba el hechicero, su padre, en alguna ceremonia.

Me indicó uno de los lugares que el leopardo negro prefería para sestar; era un pequeño claro en la selva, junto a un riachuelo, sembrado de enormes raíces que se retorcían como boas petrificadas sumergiéndose y emergiendo del suelo.

No había rastro de Numa.

Continuamos nuestro camino.

Oímos el rugido de un león y yo preparé mi rifle, pero Knambo me contuvo con la mano restando importancia al peligro.

Mirábamos a las copas de los árboles. Vimos un leopardo encaramado en una rama. Su piel era manchada y su tamaño bastante inferior al de nuestro perseguido. Filmé un poco, como para justificar la incursión por la selva, aunque lo único que me interesaba era el leopardo negro.

Horas después lo encontramos.

Estaba encaramado sobre una peña, dormitando, aunque abrió los ojos para mirarnos, al olfatearnos u oírnos.

Knambo alzó una mano para que me detuviese.

Después me dijo:

—Allí está.

Nuevamente tuve que reconocer que era algo nunca visto. Tan extraordinario se me antojaba que por un instante creí en la leyenda de Numa y lo consideré un dios.

Una vez el leopardo hubo reconocido a Knambo, éste consintió en que nos acercáramos mucho más, hasta escuchar el leve sonido que emitía al respirar.

Yo tenía el rifle en las manos.

—Tengo que filmarlo en movimiento.

Creo que dije esto, pero pensaba en otra cosa.

En matarlo.

Tenía que matarlo. Era una obsesión. No me importaba lo que después hiciese o dijese Knambo, ni lo que hiciesen o dijese los de la tribu. Tenía que conseguir aquel trofeo que se iba a convertir en el orgullo de mi vida.

Y en lugar de la cámara, preparé el rifle.

Y disparé.

El leopardo negro lanzó un rugido espantoso, se revolcó sobre la peña y después se precipitó rodando hasta el suelo. Creí haberlo matado y cuando deponía el rifle lo vi alzarse sobre sus patas y emprender una veloz carrera hacia nosotros.

No supe hacer otra cosa que gritar y huir.

Corrí por entre la alta hierba y el ramaje como un poseso, oyendo el rugido terrorífico del enorme gato negro que suponía a mi espalda, dispuesto a dar el salto que le permitiría alcanzarme y derribarme.

Tropecé con algo y caí de bruces.

Oí el rugido mortal y me revolví. Vi al leopardo negro muy lejos de mí, en el preciso instante en que caía sobre el joven guerrero negro.

Fue un salto imponente, de varios metros. Vi su cuerpo estirado en el aire, tan estirado como el de una persona al arrojarle al agua, con los pies hacia atrás, las manos por delante de la cabeza, la cola gruesa y larga recta como un palo.

Su boca fue a cerrarse directamente en el cuello de Knambo, el cual lanzó un agónico alarido que los afilados colmillos cortaron en seco. Hasta creo que escuché el crujido del cuello del negro al romperse bajo la presión de las mandíbulas de la fiera.

Se ensañó con él.

Le clavaba las agudas uñas para evitar que se moviera, y le desgarraba la piel como pudieran hacerlo seis cuchillos muy afilados.

Sus dientes buscaban lugares débiles para clavarse en ellos, pero también machacaba los huesos.

Me incorporé, presencié la escena como petrificado y pude advertir que mi bala había herido a la fiera en un costado, lo cual la había enfurecido.

Pude sobreponerme a la espantosa situación y hui sin darme descanso, temiendo oír de un momento a otro aquel maullido que representaría mi muerte.

Una muerte espantosa.

No sé qué dije al llegar al campamento. Pero cuando me sentí algo más calmado, comprendiendo que ya estaba totalmente fuera de peligro, inventé una historia que se ajustaba mucho a la realidad.

Pero no fue creída.

El hechicero no me creía. Lloraba la muerte de su hijo y negaba que hubiese podido ser Numa su asesino.

—Nunca le hubiese atacado.

Yo insistí. Por fin accedieron a acudir al lugar del suceso. Encontramos el cuerpo de Knambo totalmente destrozado, bañándose en un charco de sangre. No era posible reconocerlo, pero el hechicero dijo que se trataba de su hijo.

El jefe de la tribu me preguntó:

—¿No sería otro leopardo?

Lo negué, y el hechicero me apoyó, reconociendo las huellas de la fiera estereotipadas en el suelo.

El hechicero dijo de pronto:

—Numa estaba herido.

Negué desesperadamente con la cabeza.

El hechicero señaló una mancha de sangre en el suelo.

—Sangre de Numa. Numa atacó porque estaba herido.

Seguí negando; juré mil veces y, por fin, el gran jefe me creyó. Pero el hechicero no.

Se plantó ante mí. Esa de baja estatura y muy grueso. Knambo no parecía hijo de él. Tenía el rostro pintado y los ojos inyectados en sangre. Me miró fijamente, como si quisiera hipnotizarme.

Me dijo:

—Si Numa ha sido herido por el hombre blanco, sabrá vengarse. Le perseguirá a donde quiera que vaya para matarlo. No habrá río, mar o ciudad que le detenga.

—Si yo le herí, ¿por qué atacó a Knambo?

—El furor le habrá cegado.

El jefe de la tribu intervino.

—Si se trataba de otra fiera, usted podía haber ayudado a

Knambo. Usted ha salido ileso, mientras que Knambo ha sido destrozado. Esto demuestra que Knambo quedó solo y desarmado ante la fiera.

El hechicero dijo:

—Y solo y desarmado estará el hombre blanco cuando Numa le ataque.

Alzó al aire no sé qué instrumentos diabólicos y se dejó caer de rodillas.

Su maldición sobre mí estaba echada. Quedé a merced del leopardo negro.

* * *

Michael Sullivan terminó el relato y cerró los ojos, respirando entrecortadamente. Después entreabrió los párpados de improviso, como temiendo hallarse solo y se topó con el rugoso rostro del doctor Norton.

—Esta es la historia, doctor.

El psiquiatra asintió con la cabeza, permaneció unos momentos pensativos y al fin inquirió:

—¿No se ha encontrado a solas con el leopardo?

Michael sufrió un escalofrío al oír la pregunta.

—No. ¿Acaso cree...?

El doctor sonrió.

—No creo en la magia negra. Aunque si en el hipnotismo. Yo, por ejemplo, puedo ahora hipnotizarle a usted y hacerle creer que le quemo en el brazo con el cigarrillo. Cuando vuelva en sí, usted ve y siente la piel quemada como si sobre ella hubiera apoyado en realidad la brasa.

—¿La herida del brazo...? ¿Acaso cree que la herida del brazo...?

—Más bien me inclino a creer que se debe a la casualidad. Intente hallar en su habitación el objeto cortante que pudo arañarle el brazo.

—¿No son muchas casualidades, doctor?

—No le llame casualidades si ha de sentirse mejor. Imaginemos que se realizan las huellas o las demostraciones antes que la pesadilla, como si aquéllas fuesen las que inspirasen a su cerebro. La imaginación es muy rápida, querido señor Sullivan. Es posible que el puño del señor Dawson dejara sobre el vidrio de la mesa una huella de sudor semejante a la zarpa de un leopardo. Entonces su imaginación alterada esbozó automáticamente una pesadilla.

—Doctor...

—Es posible que usted se dañara en el brazo sin apenas advertirlo, que viera abrirse la ventana y con el mismo automatismo

de siempre, su cerebro le jugase una mala pasada.

—Es demasiado real.

—Oblíguese a la idea de que es un sueño. No crea en el leopardo... pero no lo desdénese tampoco. ¿Me comprende?

—No.

—Quiero decir que no se enfrente a él voluntariamente.

Otro escalofrío sacudió a Michael.

—¿Qué sucedería?

—Corre el riesgo de sufrir un tremendo «shock».

—¿Nada más?

—Podría ser mortal.

Michael se incorporó. Se sentía excesivamente preocupado, para permanecer tendido. Sabía que no representaba un buen paciente para el doctor... pero mantenía el secreto temor de que no era un enfermo.

De que aquello que le pasaba era real.

Que el leopardo existía.

Preguntó a bocajarro:

—¿Puede ser hipnotismo?

—No lo creo.

—¿Magia negra?

—No creo en la magia negra.

—La ciencia muchas veces ha encontrado explicaciones a hechos que hasta este siglo eran atribuidos a magia negra.

—No creo en la magia negra. Y cálmese, por favor. Dudo que sea usted mi cliente más desesperado. Si fuese capaz de consolarle, le explicaría casos verdaderamente angustiosos que la medicina ha curado.

Michael hizo un esfuerzo para sobreponerse. Comprendía que sólo en el doctor Norton podía poner esperanzas de salvación.

—No le niego que su caso me es algo desconocido, no es... digamos, usual. Tendré que consultarlo con algunos colegas. Pero de momento podré poner remedio a sus alucinaciones.

Michael volvió a tumbarse.

Apenas lo había hecho cuando oyó arañazos en una puerta.

Se le erizaron los cabellos.

—¿Ha oído?

—¿El qué?

—Arañar de garras en su puerta.

La puerta tenía cristal esmerilado. En el cristal se recortó la silueta negra del leopardo.

—¡Allí está!

Michael se incorporó de repente y lo señaló con el brazo

extendido.

El doctor miró, pero no vio nada.

—Por favor, señor Sullivan. Entréguese totalmente a mí.

Pero su paciente no estaba en condiciones de escucharle.

La puerta se abrió y apareció una muchacha con uniforme blanco.

Gruesas gotas de sudor perlaron la frente de Michael, que se dejó caer sentado.

El doctor Norton hizo un gesto a la muchacha para que saliera, sin dejar de mirar a su paciente. Pero cuando la enfermera salía, Michael gritó:

—¡Espere!

Tomó al psiquiatra de un brazo y tiró de él hacia la puerta.

Y allí, con mano temblorosa, señaló unos arañazos producidos en la pintura.

—¡Mírelo!

El doctor miró a la enfermera interrogándola con la mirada, como queriendo que le dijera el motivo de aquellas raspaduras. La enfermera no contestó, limitándose a encoger los redondos hombros.

Cuando el doctor Norton iba a hablar, vio que Michael Sullivan estaba recogiendo del suelo, con sumo cuidado, la pintura rascada.

—Ha sido ahora... ¡Y no es casualidad! ¡Ha sido el leopardo!

El doctor Norton no halló argumentos.

* * *

Lena, la secretaria, se extrañó al ver llegar a Michael Sullivan a la oficina, aunque no se atrevió a decir nada.

Dos días antes, el director general había decidido tomarse unas vacaciones.

Michael dio una explicación.

—He recordado unos asuntos que no puedo dejar pendientes y tengo que solucionarlos.

Estaba pálido, un pálido eterno como un enfermo, despeinado, más delgado, ojeroso.

Lena advirtió que sus manos temblaban constantemente pese a que Michael hacía visibles esfuerzos por detener el temblor. No parecía desesperado, sino por el contrario, excesivamente decidido a algo.

Le vio extraer una pistola y comprobar minuciosamente el cargador. Una vez convencido, la dejó en el primer cajón de su mesa de despacho, en el lado izquierdo, el cual no cerró, teniéndola así al alcance de la mano.

La muchacha se atrevió por fin a preguntar:

—¿Sucede algo, señor?

—Nada importante, Lena. No se asuste.

—¿Necesita algo?

—No. Déjeme solo.

—¿No me necesitará?

—No. Y atienda bien. Quiero que cierre por fuera con llave, que no deje entrar a nadie, ni siquiera acercarse a los vidrios. ¿Ha comprendido?

—Creo que sí.

—Abra la ventana de par en par.

Lena, más extrañada, hizo lo que le indicaba.

—¿Ya puedo irme?

—Sí. Advierta que no atenderé ninguna llamada telefónica por importante o urgente que sea. Ni siquiera de mi esposa. Quiero quietud y silencio absoluto.

—Sí, señor.

—Ya puede irse.

Lena dudó. Cuando alcanzaba la puerta se detuvo y se volvió.

—¿Está en peligro, señor?

—No.

—¿No puedo...?

—Hasta luego, Lena.

Lena salió.

Michael oyó perfectamente el sonido de la llave al girar en la cerradura y poco después vio difuminarse en el cristal la grácil figura de la muchacha.

Se retrepó en el sillón intentando mantener aquella firmeza que había adoptado, descubriendo, sin embargo, que los nervios empezaban a traicionarle.

No en vano iba a enfrentarse con la muerte.

Pero estaba decidido.

No podía seguir viviendo de aquella manera, perseguido siempre por el sanguinario leopardo, necesitando la compañía de la gente para salvar la vida. El hechicero de la tribu había dicho que Numa atacaría cuando él se encontrase solo, como a su hijo Knambo.

E iba a darle esta oportunidad.

Ya estaba solo.

Michael no confiaba totalmente en el psiquiatra. Estaba convencido de que su caso era especial. No estaba loco ni sufría manías persecutorias. Era víctima de algo mucho más terrible.

Tal vez magia negra.

Tal vez hipnotismo.

No sabía...

Pero si sabía que aquel atardecer iba a ser el decisivo.

Si el leopardo existía, lo mataría con su pistola.

Si era magia, desharía el encanto con los disparos de su pistola. Ya jamás podría soñar con la maldita fiera si aquel día conseguía alojarle unas balas en el corazón.

Si era hipnotismo, igualmente destruiría su estado hipnótico con los disparos.

Trocó el hilo de sus pensamientos al escuchar unos ruidos en la puerta. Había dado órdenes a Lena para que nadie se acercara, y por lo tanto aquellos sonidos sólo podían haber sido provocados por su mortal enemigo.

No vio nada al otro lado del vidrio ni oyó nada más.

Se dijo que los sentidos podían haberle engañado.

En eso estaba de acuerdo con el psiquiatra; era tal su obsesión que podía imaginar mil ruidos y mil sombras en movimiento.

Pero no en lo otro.

El leopardo era real.

Cuando las sombras de la noche se iban condensando ante la ventana, Michael encendió la luz de la lámpara que tenía sobre la mesa y envió hacia la ventana el chorro de luz a modo de foco contra un escenario.

Nuevamente oyó el ruido. Esta vez fue más largo y pudo convencerse de que era real. De pronto una sombra negra se recortó en el cristal y la pata de la fiera hurgó en la cerradura.

Michael lo veía perfectamente. La visión de un leopardo no era habitual. Un hombre, por más enfermo que estuviese, no podría imaginar sus movimientos con tanta fidelidad.

Su mortal enemigo se dio por vencido. Volvió a posar las cuatro patas en el suelo, rozó con su cuerpo el vidrio al alejarse y desapareció.

Michael sentía un terror indescriptible, pero apretaba los dientes con fuerza, respiraba hondo, realizaba un soberbio esfuerzo muscular para contenerse y mantenerse sereno en debida proporción.

Descolgó el teléfono y a la voz femenina que le respondió, le ordenó marcar el número del doctor Norton.

Cuando oyó la voz del psiquiatra, dijo:

—Doctor Norton, le habla Michael Sullivan. Me encuentro en mi despacho completamente solo, con una pistola preparada aguardando a que se presente el leopardo. No se asuste, he sido yo quien ha proporcionado esta ocasión a mi enemigo para acabar de una vez con el mito, la maldición, o lo que sea.

—¡No lo haga, señor Sullivan!

—¿Por qué no?

—Puede sufrir un «shock» terrible... mortal. Puede fallarle el corazón en una situación como la provocada por usted y en su estado. La visión puede ser tan real y angustiosa que...

—Lo es siempre, doctor. ¡Siempre! Esta vez estoy decidido a matarlo, como lo estuve en África. Y esta vez no fallaré.

—No lo haga. Llame a su secretaria Su presencia será suficiente.

—La he despedido. Compréndalo, doctor, quiero estar solo.

—Pues ahora mismo voy a su despacho.

—No llegará a tiempo, doctor. El leopardo está rondando mi puerta. Ahora debe de estar trepando por los doce pisos del edificio hasta alcanzar mi ventana.

El doctor colgó el teléfono y Michael se quedó contemplando el mudo aparato con cierta desazón. Mientras escuchaba una voz humana, su ánimo se mantenía. Ahora que solamente oía el apagado rumor del tráfico ciudadano, notaba que las fuerzas le traicionaban.

Estaba solo y el leopardo negro llamado Numa le rondaba.

Miró hacia la ventana.

El foco de la luz le permitía descubrir el primer movimiento que en ella se realizase.

Con mano temblorosa asió la pistola.

Confiaba en que fuese suficiente.

Oía ahora con toda perfección el suave tic-tac de su reloj en la muñeca. No iba acompasado con el latir de sus sienas.

Le dolían las mandíbulas de tanto apretarlas, los nervios de contenerlos, los ojos de taladrar las tinieblas que rondaban su ventana, la mano derecha de presionar con fuerza la pistola.

Fuera, en la calle, en el aire, oyó un rugido.

Michael se envaró.

—¡Ya está ahí!

Oyó también el ruido producido por unas garras al rasgar el cemento arenoso del exterior... una respiración poderosa... un ronquido prolongado.

De pronto, una garra negra, que mostraba unas espeluznantes uñas, se agarró al alféizar.

Michael quedó agarrotado en su asiento, con la mano derecha armada apoyada en la mesa, inservible, inmovilizada por el terror.

Apareció otra zarpa, que fue a unirse a la primera. Las uñas se clavaron en la madera del antepecho, produciendo surcos que después cualquiera podría ver.

Y apareció la cabeza.

Numa resultaba más espantoso que nunca, con la oscuridad en el

fondo y su cabeza iluminada por el foco de luz.

Sus ojos color de esmeralda brillaban inusualmente, despidiendo fuego verde. Parecían dos cráteres de volcán chorreando lava. Sus labios peludos se iban aplastando, encogiéndose, abriéndose hacia atrás para descubrir su temible-boca.

La luz iluminó su lengua, aquel trozo de carne sanguinolenta. La vio aplastarse contra el gáznate, hacia abajo, mientras no cesaba de descender la mandíbula inferior, haciendo más enorme aquella cavidad.

Desnudando los caninos plateados, brillantes, agudos como cuchillos... manchados todavía de sangre.

De aquella garganta iluminada por el foco surgió un chorro de vapor y un rugido imponente.

El leopardo dio un salto y se apoyó con las cuatro patas en el alféizar.

Se preparó para saltar.

Michael hizo un gran esfuerzo. Un esfuerzo extraordinario para acabar con su terrible enemigo. Creyó mover la mano y apuntar a la fiera con su pistola... pero los ojos resplandecientes parecían haberle hipnotizado. Su mano no se movió. Por hipnotismo o por miedo, permaneció inútil sobre la mesa.

Michael se daba por muerto.

Pero por uno de esos momentos lúcidos del condenado, creyó que era fantasía y que de un momento a otro se desvanecería la visión.

Numa volvió a rugir, se preparó mejor y realizó el prodigioso salto que le llevaría de la ventana al cuerpo de Michael.

Lo vio volar por el aire y atravesar la estancia hacia él.

Michael alzó la mano armada.

Pudo moverla.

Pero aquella fue la presa del leopardo.

Los terribles caninos se cerraron en torno a su muñeca clavándose en la carne.

Michael sintió un agudo dolor; gritó con todas sus fuerzas. Y al oír su voz, el leopardo, sin abandonar la presa del brazo, le miró. Le soltó un repentino zarpazo en el rostro y Michael notó cómo la mejilla le saltaba herida por las terribles uñas.

Sintió desmayarse, y lo deseó.

Pero tuvo tiempo de advertir en su cuello el contacto caliente de la boca de la fiera... y la presión de sus enormes dientes...

* * *

El doctor Norton alcanzó la planta número doce y se orientó para

encontrar el despacho de su paciente.

Cuando embocaba en un largo pasillo, una joven se interpuso en su camino.

—¿A dónde va?

—Al despacho del señor Sullivan.

—No puede atenderle. Está ocupado.

—¡Pues tendrá que escucharme!

Se zafó de la delicada mano que pretendía contenerle y corrió por el pasillo. Lena le siguió.

El doctor Norton se detuvo ante una puerta que rezaba el nombre y el cargo de su paciente, e intentó abrir.

—Está cerrada con llave.

—Sí. Tengo yo la llave.

—Abra.

—¿Quién es usted?

—Su psiquiatra. ¿Es que no lo comprende? ¡Abra!

Lena dudó todavía. Por fin, el doctor se decidió y arrebatándole la llave que la muchacha tenía en la mano, la introdujo en la cerradura y abrió.

Otras muchachas, gente diversa, había acudido al presenciar la discusión entre el doctor y Lena. Y por esto fueron muchos los testigos que presenciaron la escena.

La lámpara de la luz había sido derribada al suelo... y enfocada directamente al cuerpo de Michael Sullivan.

Un cuerpo que no era más que un montón informe de carne sangrienta, que parecía mecerse en un abundante charco de sangre y que brotaba todavía sin cesar de la carne desgarrada.

Lena lanzó un alarido y se desmayó.

El doctor Norton quiso cerrar la puerta, pero consideró más oportuno, de momento, cubrir el cadáver y, a falta de algo mejor, arrancó una gran cortina y con ella tapó la gran mancha escarlata.

Dijo:

—Salgan, por favor.

Se sentía espeluznado.

Contempló cuanto había a su alrededor sin descubrir nada especial, salvo unos arañazos en el alféizar de la ventana.

Llamó al hospital para que acudieran con una ambulancia, aunque sin exponer el caso.

Después obligó a salir a todo el mundo y cerró la puerta.

Aguardó en el pasillo, sin atreverse a entrar de nuevo, envuelto por un murmullo de horror, gritos histéricos femeninos y voces de asombro y pánico de los hombres.

Acudió la ambulancia con la policía.

El doctor Norton se ofreció para explicar cuanto sabía al médico forense.

Poco antes de abrir la puerta dijo:

—Ya lo verá. Está totalmente destrozado. Creo que me será difícil explicarlo, pero lo intentaré.

Penetraron en el despacho.

Todo estaba igual a como el doctor Norton lo dejó.

El comisario hizo un gesto al forense y tiró de la cortina que cubría el cadáver.

Michael Sullivan yacía en tierra, en la misma posición en que el doctor Norton lo dejara.

Salvo que no había rastro de sangre.

Y el forense, tras breve consulta, se incorporó y dijo:

—Por el momento, creo que se trata de un fallo cardíaco.

ROBERT

SIEMPRE que hablaba de Robert, ella le escuchaba en silencio.

Bill adoraba el recuerdo de su amigo muerto. Doris lo sabía. Robert había muerto en un accidente de automóvil.

Mucho antes de casarse con Bill, Doris estaba enterada de quién había sido Robert: el mejor amigo de Bill, el compañero inseparable. Un hombre excepcionalmente inteligente. Comprendía todo problema humano. Culto, elegante, un tanto sentimental y, sobre todo, apasionado en el amor.

Amó a las mujeres apasionadamente.

Tal vez un poco voluble, pero firme en sus creencias religiosas. Generoso, no tenía nada suyo. Repartía su dinero a manos llenas. Encontraba los más diversos trabajos para quienes lo necesitaban. Los que le pedían, jamás recibían un no de sus labios.

Bill decía:

—Robert era magnífico. Le veo como si aún estuviera vivo. Alegre, optimista. Lleno de salud, de vitalidad. Nadie a su lado podía estar triste.

Bill, detrás del recuerdo, se entusiasmaba contando:

—Recuerdo que, una vez, Robert...

Y surgía con todo detalle la aventura sentimental, indiscreta.

Robert dijo eso... Robert hizo aquello... Robert aquí...

Robert, Robert, Robert...

Doris, por respeto a aquel cariño entrañable de su marido hacia el muerto, no se opuso a que el retrato de Robert presidiera su dormitorio.

Eran muchas las noches en las que Doris se desvestía delante del retrato de Robert.

Robert tenía unos ojos grandes y rasgados. En la fotografía parecían negros, aterciopelados... Bill aseguraba que eran verdes.

Las conversaciones de Doris y Bill empezaban, terminaban o derivaban en Robert.

Robert era el vértice, la base, el principio y el fin.

Bill decía:

—Robert era educadísimo. Espiritual. No creas que se enamoraba

de las mujeres a la primera de cambio, no. Las mujeres que amó parecían nacidas para él, distinguidas, delicadas... Todas eran hermosas y elegantes. ¡Qué bien hablaba! ¡Cómo te hubiera gustado oírle! Era noble, sincero, exquisito... Era...

Bill se explayaba contando gestos y situaciones del infortunado amigo, muerto prematuramente en accidente.

A tanto llegaba su entusiasmo por el ausente, que le adjudicaba sus propias hazañas, sus mismos sentimientos. Ponía en boca del muerto frases elocuentes, chistes ingeniosos, sabios consejos...

Todo le parecía poco para enaltecer su memoria.

Doris escuchaba siempre en silencio, con la mirada perdida en el vacío, poniendo en marcha su imaginación.

Sumidos en la oscuridad del dormitorio, tendidos en la cama, uno junto al otro, y con Robert en el pensamiento de cada cual, las horas pasaban raudas.

Así, noche tras noche, ininterrumpidamente.

La presencia de Robert se hacía tangible.

A veces, Bill se interrumpía para observar íntimamente complacido:

—Esté donde esté, no podrá decir que le olvido.

* * *

Una noche, Doris encendió la lámpara de su mesita e incorporándose a media dijo:

—Bill...

Su marido, sorprendido, respondió:

—¿Qué ocurre, querida?

—Calla, te lo ruego.

—¿Cómo?

—Por favor, no hables más de Robert.

Era casi una súplica. Súplica y angustia a la vez.

—¿Qué te ocurre? ¿No te encuentras bien?

—Me encuentro perfectamente. Lo único que te pido es que no vuelvas a hablarme jamás de Robert. ¿Es pedirte mucho?

—¿Que no te hable más de Robert?

—Eso es.

—Pero, ¿por qué? ¿A qué viene esto? ¿Acaso tienes celos?

Doris se estremeció como si una ráfaga de aire helado le hubiera azotado la espalda.

—No... no.

—¿Me hago pesado hablando de él?

—¡No! ¡No!

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

Doris se había inclinado sobre su pecho y sollozaba temblorosa como presa de una gran congoja.

Bill, alarmado, intentó en vano separarla de sí.

Ella se aferró a sus hombros y sus sollozos se hicieron más intensos.

—Pero, ¿qué te ocurre? ¿A qué vienen esas lágrimas? No te comprendo.

—¡No me hables más de Robert! ¡No me hables más de Robert!

La voz de Doris era suplicante, casi desgarradora.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué?

Doris se enderezó y, con los ojos anegados en lágrimas, la cabellera revuelta, hermosa en su semidesnudez, erguido el busto, más blanca su carne a la suave luz que la pantalla de la lámpara proyectaba a su alrededor, confesó terrible y sinceramente:

—Me estoy enamorando de Robert...

—¿Cómo?

—¡Me estoy enamorando de Robert! ¿No lo entiendes? ¡Me estoy enamorando de Robert!

Bill la miró asombrado. Asombrado y burlón.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿De un muerto? ¿Quieres decir que te estás enamorando de un muerto?

—Sí.

Bill rio. Rio ruidosamente, groseramente, escandalizando la noche y su silencio. La risa rebotó en los muebles golpeó las paredes. Subió y bajó del techo al suelo. Como un pájaro enloquecido fue la risa revoloteando de una a otra parte.

La habitación estallaba de risa.

—¡De un muerto! ¡De un muerto!

Y volvía la risa, incontenible, divertida.

—De un muerto...

—¡No! ¡No está muerto!

Las palabras de Doris cortaron la risa, la diezmaron, la diluyeron. Se evaporó. De repente, otra vez el silencio, ahora más hondo, más profundo.

Y en voz baja:

—¡Vive! Robert vive...

—¿Qué dices?

—Tú le das vida, movimiento, alma... Le haces hablar, sentir,

desear... Robert me desea. ¡Robert me desea!

Doris se estremeció. Miraba el retrato con el vago temor de ser oída.

Bill la miraba con un asomo de miedo en el rostro súbitamente pálido y serio.

—¿Estás loca?

Reflexionó sobre lo que acababa de decir. ¿Estaba loca Doris?

Como si matando la luz pudiera recuperar la tranquilidad perdida, Bill extendió el brazo por encima del cuerpo de Doris y apagó la lámpara de la mesita.

—Duerme, querida.

De nuevo la oscuridad y la presencia tangible de Robert.

Impelido por una fuerza extraña, contra su propia voluntad, Bill siguió hablando.

—Se comprendería si lo hubieses conocido, pero... ¿muerto?

El cuerpo de Doris estaba frío, tenso, inerte a las caricias de su esposo.

—Era..., era un conquistador, desde luego. Yo no te hubiera dejado a solas con él. ¡Claro que no! Pero está muerto, ¿entiendes? Un muerto es... ¡un muerto!

Y volvió a reír.

Pero la risa ahora era forzada. Sonaba a falsa. Nerviosamente falsa.

—Bill...

—¿Qué?

—Sálvame... Sálvame... ¡Sálvame!

—¿De qué? ¿De quién? ¿De un muerto? A estas alturas es un esqueleto repugnante.

—¡No! ¡No!

Bill la tomó en sus brazos y la besó apasionadamente.

—¿De qué tienes miedo? Está muerto.

—¡No! ¡No! Tú le has dado vida. ¡Mira! ¡Mira! ¡Se acerca! ¡Se acerca! ¡Me tiende los brazos...! Me sonrío...

—Deliras. No se ve nada.

—Escucha... ¡Escucha...! Oye sus pasos... Se acerca. ¡Se acerca! ¡Está junto a mí!

—Oh, eres absurda.

Bill encendió la lámpara de su mesita. Miró hacia la fotografía de Robert.

No estaba.

Doris, sobrecogida, con el terror reflejado en su semblante, indicó los pies de la cama, sobre la colcha.

Allí estaba la fotografía dentro del marco de plata.

Robert los miraba con sus ojos de terciopelo. ¿Negros? ¿Verdes?

Bill no mostró sorpresa alguna.

—¿Quién lo ha dejado aquí?

Con gesto desenvuelto, se incorporó y cogiéndolo con ambas manos, lo puso junto a la almohada.

—Esta noche dormiré con nosotros.

—¡No! ¡No!

—Sí, sí. Estás rozando el ridículo, querida. Una foto es una foto y no todos esos fantasmas que tú te imaginas. Ya verás como mañana te ríes de todo esto. Buenas noches.

A oscuras otra vez.

El marco de plata estaba frío. En medio de los dos, hería con sus bordes los hombros desnudos de Doris.

—A ver si de una vez para siempre se acaban tus manías. ¿Me escuchas?

Doris no contestó.

Y un poco más tarde:

—¿Duermes?

Doris no contestó. Tenía los ojos abiertos a la oscuridad y el oído atento al silencio.

Poco a poco fue dándose cuenta de que escuchaba dos respiraciones.

Una de ellas, suave, sumamente leve que le rodeaba el cuello hasta fijársele en la nuca. Era como una caricia de pluma, cosquilleante y deliciosa. Poco a poco, también percibió el calor de un cuerpo nuevo a su contacto, un inefable contacto de piel contra piel.

Intentó resistir, pero los brazos eran fuertes y ardientes los labios.

Una lucha encarnizada de deseo y repulsión, de silencio y oscuridad. Unas manos agudas y diligentes se extraviaron en el mundo de las caricias.

Doris perdía el dominio de la voluntad.

Pronta a ceder al propio deseo, un deseo nuevo, desconocido, reaccionaba valiente, a la vez, en defensa de su integridad.

Suplicio y placer.

Un tremendo placer y un tremendo suplicio.

La respiración leve se entrecortaba. Era ya casi un gemido...

Doris pudo desasirse del apretado abrazo y en su paroxismo saltó de la cama.

Gritó:

—¡No! ¡No! ¡Bill! ¡Bill! ¡Robert está vivo! ¡Está vivo!

Bill no se movió.

No respondió a sus gritos.

No podía salvarla.

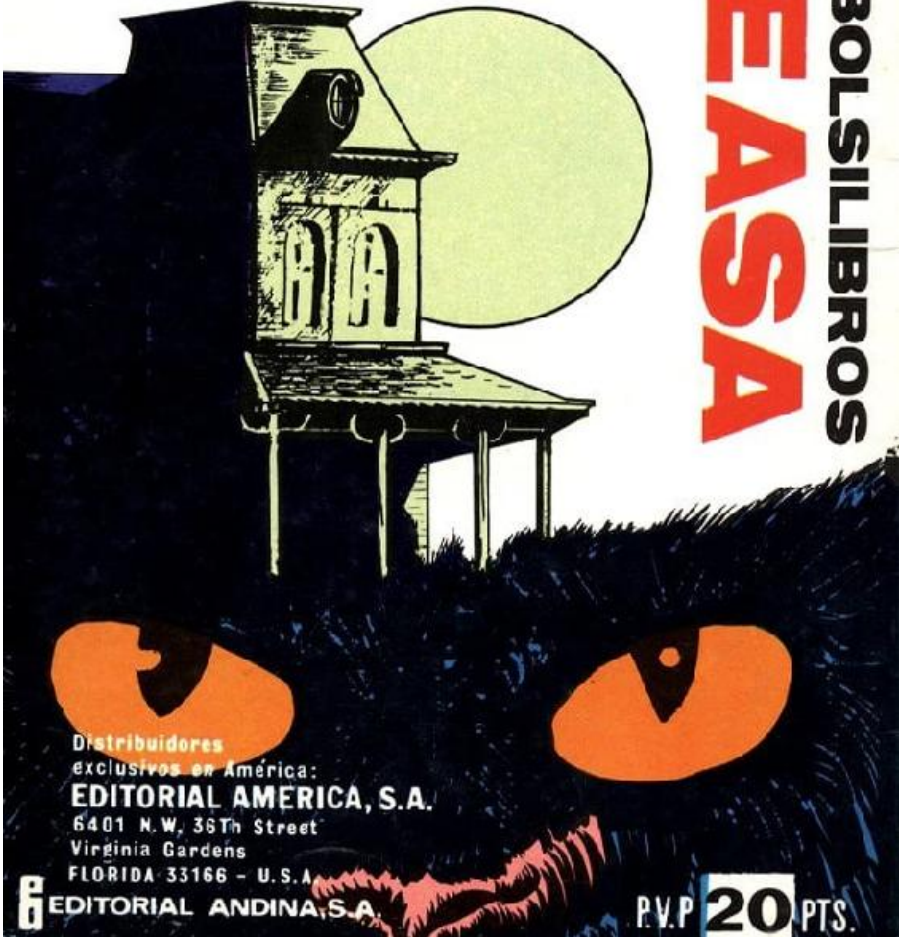
Una astilla del cristal roto del marco de plata le había atravesado la garganta de parte a parte.

FIN

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores
exclusivos en América:
EDITORIAL AMERICA, S.A.
6401 N.W. 36th Street
Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.

EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P. **20** PTS.